

SERES DE CUARZO

CRÓNICAS DE VILLA ALEMANA
Y PEÑA BLANCA

Rafael Sarmiento



SERES DE CUARZO

Rafael Sarmiento, 2024.

Fundación Trueke

Villa Alemana, Chile, junio de 2024.

ISBN: 978-956-6360-01-8

Diagramación, diseño y arte: Daniel Silva González

Fotografías y Coordinador Proyecto: Christian Carrillo Cáceres

Coordinación general: Marcelo Góngora Carvajal

Gestión editorial: Ediciones Barrancas

Impreso en Chile / Printed in Chile

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida, mediante cualquier sistema -electrónico, mecánico, grabación, fotocopiado, o de almacenamiento y recuperación de información-, sin la expresa autorización del autor.

Índice

EDUCAR CON COMPROMISO SOCIAL <i>Dora Miranda Peña</i> _____	11
EL ÚLTIMO GRUMETE DE LA WILSON <i>Atilano Ortiz Aravena</i> _____	19
LA MAESTRA EN TRES HISTORIAS <i>Esther Valencia Aracena</i> _____	29
EL “COMPAÑERO CONDUCTOR” EN DOS RELATOS <i>Gastón Espinoza Vega</i> _____	39
AMOR A PRIMERA VISTA POR VILLA ALEMANA <i>Roberto Valencia Herrera</i> _____	49
LA INCANSABLE LUCHADORA DE LAS VEGAS <i>Norma Mesina Pizarro</i> _____	59
ESE PEÑA BLANCA EN BLANCO Y NEGRO <i>Angelina Cuneo Donoso</i> _____	69
EL RETORNO DE UN POETA “ILUMINADO” <i>Elías Figueroa Brander</i> _____	79
REGANDO LA ESPERANZA <i>Jaime Cotroneo Lanzetta</i> _____	91
“MUTANCIA” VILLALEMANINA <i>Claudio Barrera Guerra “Venom”</i> _____	103
UNA DAMA MULTICOLOR <i>Myrtha Ricci Padilla</i> _____	115
MECÁNICO CON ALMA DE ARTISTA <i>Hernán Massiani Rodríguez</i> _____	125
EL ALMA DEL GLORIOSO “JORGE TORO” <i>Rurich Vega Valderrama</i> _____	135
CUANDO LUCHAR SE HACE UNA FORMA DE VIDA <i>María Angélica Barahona Ayacura</i> _____	145
DE LA YAPA VERDE A LA POBLACIÓN PRAT <i>María del Carmen Málaga Acuña</i> _____	155

Prólogo

Capturando nuestra historia

Probablemente, don Buenaventura Joglar, a su llegada a estas tierras, desconocía que con el transcurso del tiempo Villa Alemana iba a ser conocida como la *“Ciudad de la Eterna Juventud”*, en la que, como reza el viejo eslogan, *“la juventud no teme a la vejez y la vejez vive en eterna juventud”*.

Pero no es solo eso lo que el fundador de esta maravillosa ciudad no sabía. Sin duda, nunca pensó que se construiría aquí una mitología local, que habla de que estamos situados sobre una placa de cuarzo, responsable de que tantos personajes recorran sus calles y que alucinantes y singulares eventos se sucedan en estas latitudes.

Son muchas las historias que con el transcurso de decenas de años se han ido acumulando en este territorio. Varias de ellas han quedado plasmadas en escritos, libros, textos y, en el último tiempo, incluso en fanzines. Del mismo modo, registros audiovisuales que no abundan, pero que tampoco son tan escasos, se pueden encontrar en plataformas virtuales, los que con más o menos detalles dan cuenta de muchas de nuestras anécdotas, movimientos culturales, bandas musicales, historias de personajes vivos del gran relato que somos y que han trascendido al tiempo, pese a que muchos terminan esfumándose de la memoria. Y es que estamos convencidos de que el valor de una ciudad, su verdadero tesoro identitario, no siempre está determinado por sus construcciones, caminos, clima o monumentos, sino que principalmente por su patrimonio inmaterial.

Este libro, escrito por nuestro amigo Rafael en tiempo récord, busca ser uno más de los registros que cuentan y narran historias de vecinos y vecinas de Villa Alemana y Peña Blanca, que forman parte de nuestro patrimonio y a los cuales nos resistimos a olvidar.

Representan una amplísima diversidad de relatos, cada uno de ellos plenos de maravillosas anécdotas, recuerdos emotivos y muchos de ellos graciosos. Hablan de cómo se poblaron nuestros barrios, de cómo se superan obstáculos, de cómo nuestro sol cautivó a visitantes que se enamoraron de este terruño y al que hoy se aferran con fuerza. Algunos no pudieron resistir estar lejos de la ciudad que los vio nacer y crecer y como atraídos por un poderoso imán no pudieron evitar volver, radicarse y realizarse en esta parte del planeta. Otros nos ayudan a recordar una Villa Alemana de antaño, aquella en la que todos se conocían, se saludaban y respetaban. También encontraremos testimonios de cómo los valores personales y convicciones profundas han marcado un sello en sus personalidades, que les han motivado a volcar en el servicio a los demás y en las acciones solidarias sus vidas. Leeremos sobre historias *underground*, de esas que recuerdan la década de los ochenta y el origen de una cultura “mutante”. No dejaremos de recorrer recuerdos de tiempos difíciles para muchos, que pusieron a prueba el valor y el coraje de personas valientes y admirables. Tendrán también la posibilidad de conocer cómo pioneros de esfuerzo y sacrificio dieron vida a poblaciones y localidades, que se erigen en la actualidad como símbolos de nuestra comuna, pero que debieron transitar por pedregosos caminos para convertirlas en lo que son hoy.

Los lectores de este libro se enfrentarán a relatos cercanos, humanos, en que afloran sentimientos y recuerdos, muchos buenos momentos y algunos que no lo fueron tanto, pero que sirvieron para templar carácter y prepararlos para enfrentar azarosos futuros. Algunas historias nos narran vivencias aparentemente sencillas de sus protagonistas, las que sin embargo marcaron sus vidas, así como también otras que dan cuenta de triunfos impensados que surgen después de la adversidad. Descubriremos talentos ocultos, el poder de la fuerza del trabajo, del compromiso y de las creencias.

Podrán conocer la historia del reloj perdido, los zapatos con barro, la mítica y extinta micro, el chascón de los panfletos, la polio y el gol iluminado, el desafío del cuarto medio, la profesora normalista, la jinete de la Canela, el voluntario cuentacuentos, el joven artesano de los juguetes de madera, el valor de la fe y la solidaridad, el Ford Mustang y el amor, el motor de Jorge Toro, la heroína de las casas sin puertas y un ave fénix de la Prat.

Cuando tomamos la decisión de presentar este proyecto al FNDR (Fondo Nacional de Desarrollo Regional), pensamos que sería fácil. Claramente no lo fue. Han sido cientos de personas que con sus vidas y trayectorias han dado sentido a nuestra identidad y elegir a unas cuantas fue la más desafiante y difícil decisión. No habíamos aún comenzado este libro cuando ya nos sentíamos comprometidos con el desafío de seguir capturando y plasmando historias y recuerdos para las generaciones venideras. Por ahora nuestro reconocimiento será a los primeros 15 seres de cuarzo.

Marcelo Góngora Carvajal
Presidente Fundación Trueke



Agradecimientos

A nuestros 15 ciudadanos de cuarzo, sus familias y amigos, que contribuyeron a dar vida a este libro.

A Rafael, Christian, Christian y Daniel, que acompañaron este desafío con compromiso y paciencia.

Al Gobierno Regional de Valparaíso, que brindó los recursos necesarios para que esta idea se convirtiera en una realidad.

A todos quienes, en algún momento de sus vidas, tengan uno de estos ejemplares en sus manos y luego de leerlo, lo compartan con otro lector ávido de conocer más de nuestra maravillosa ciudad.

“Describe tu aldea y serás universal”

- León Tolstoi

EDUCAR CON COMPROMISO SOCIAL
Dora Miranda Peña



La historia de la profesora Dora Miranda bien podría inspirar una novela o el guion de una película. Porque se trata de esas vidas que han sabido superar cuanto obstáculo se le presente en el camino y no solo por esa capacidad de resiliencia y lucha que a todas luces ella tiene, sino que además por una brillantez intelectual y, más aún, por una inevitable vocación por educar. Es un baluarte de la educación en Villa Alemana, ciudad que terminó acogéndola por siempre y donde aún no cesa de trabajar, proyectar, escribir, pensar. Todo esto, pese a una compleja dolencia en una de sus piernas que ha mermado severamente su movilidad, pero no así su ánimo y ganas de aportar a la comunidad.



Nació el 13 de junio de 1942 en Playa Ancha, Valparaíso, y apenas con cinco años de vida ingresó al Internado Santa Ana en Valparaíso. Al cumplir los once entró a la Escuela Normal Número Uno en Santiago, que también se regía por sistema de internado.

Por sus excelentes calificaciones Dora había obtenido una de las escasas becas de ingreso a la entidad de educación normalista. Allí estuvo hasta los 18 años y ya convertida en maestra de la Escuela

Normal, tomó sus maletas y se fue a Quintero a debutar oficialmente como profesora. Era un colegio de hombres y su curso un sexto año. Recuerda que fue una experiencia más que enriquecedora y que le dio la confianza para enfrentar su segundo desafío profesional: una escuelita rural en el sector de Puertas Negras, Playa Ancha, Valparaíso. Allí se encontró con un establecimiento mucho más pobre. Las clases se hacían en mediaguas que funcionaban como aulas y además de cumplir su rol docente, debía preparar todos los días el desayuno de los alumnos, lo que incluía un sabroso jarro de leche caliente. En las tardes otra vez la maestra se convertía en cocinera y preparaba los almuerzos de sus niños y niñas estudiantes.

Luego de lo de Puertas Negras hizo clases en un establecimiento educacional del sector Las Rosas de Quilpué, preámbulo de su última y más importante temporada como educadora: Villa Alemana.

A la ciudad de los molinos llegó tras ganar un concurso de antecedentes para el cargo de subdirectora de la escuela 216, que estaba ubicada en la esquina de las calles Condell y Roma, en el

barrio norte, y que después cambió a escuela E 397 y más tarde adoptaría el nombre de colegio Windmill College.

Pero el que sería finalmente uno de sus más importantes aportes a la educación villalemanina estaba por venir, ya que tras su buen cometido en la 216 surgió el cargo de dirección de la escuela 408 del sector La Palmilla, en el extremo sur de la ciudad. Postuló y ganó, sin imaginar en ese entonces que dirigiría ese plantel educacional durante los próximos quince años.

“Cuando llegué a esa escuela no había prácticamente nada. No tenía alcantarillado, los ratones salían por todas partes, los baños ni hablar. Fue un trabajo de mucho esfuerzo, por momentos una lucha, pero con orgullo podemos decir que cuando la dejé entregamos una muy buena escuela”, comenta la profesora, con una mezcla de orgullo y nostalgia.

Había transcurrido una década y media en la que la 408 había pasado de ser una humilde y precaria escuelita, a convertirse en un colegio público digno de medirse con los otros establecimientos municipales de la comuna.

Por eso es, que cuando se le informó que era hora de dejar esta dirección para que asumiera como directora de una escuela en Huanhuallí, la medida adoptada por su jefatura de la Corporación Municipal de Educación no dejó de estremecerla. La explicación del forzado traslado era que ya había cumplido con levantar la 408 y ahora su nueva misión sería hacer lo mismo con el nuevo establecimiento que quedaba bajo su cargo y en el que trabajaría con el mismo ahínco de antes durante los próximos diez años.

Su trayectoria educativa escolar continuó al asumir como orientadora del colegio Charles Darwin, primero, y del Windmill College, después.

Sin haberlo planeado así y más allá de toda ideología política, Dora Miranda, de alguna manera se había convertido en defensora de los niños, en cuanto al derecho que les asiste a tener una educación gratuita y de calidad. En eso nunca transó.

Y tal fue ese compromiso que durante la dictadura militar de Pinochet fue la primera profesora exonerada de Villa Alemana. *“Yo no era ni comunista, ni socialista, pero siempre exigí, reclamé, por mejorar las condiciones educacionales de mis alumnos”*, comenta.

Conmueve la sencillez y modestia con que Dora Miranda asume sus logros profesionales. Ahora, mientras comparte un café en el comedor de su casa en el barrio norte de Villa Alemana, hace un recuento de sus estudios académicos y sin ánimo de presumir nos revela su más que notable formación. Es profesora normalista, profesora de Castellano por la Universidad de Chile en Valparaíso, Orientadora educacional, Licenciada en Literatura y cuenta con un postgrado en Proyecto Educacional.

Dejó la docencia, pero alcanzó también a trabajar haciendo talleres a reclusos de la cárcel de Quillota, continúa en proyectos educativos a nivel de corporación municipal, dirige un taller de literatura, es integrante activa de la Agrupación Regional de Escritores, ALIRE, ha publicado cuatro poemarios y trabaja en la edición de un libro sobre la adolescencia.

Ha participado como invitada en encuentros literarios internacionales en Argentina, Perú, Ecuador, Uruguay, España, Cuba, México y Brasil.

En España presentó su ponencia *“Vida y obra de Gabriela Mistral”*, la que fue seleccionada para ser editada por la Universidad de Pontevedra, del país ibérico.

Desde el 2003 ha organizado encuentros internacionales de escritores en Villa Alemana. El último de ellos se realizó en 2023, con asistencia de narradores y poetas de Estados Unidos, México, Uruguay, Perú, Colombia, Panamá, Argentina y Ecuador, además de los representantes nacionales.

Dora Miranda es también, desde el año 2005, representante chilena en The Cove Rincon Internacional de Arte y Cultura de Miami en Chile.

Fue invitada a Perú para recibir un reconocimiento por parte del Consejo Iberoamericano Mundial de la Cultura por su trabajo y aporte al desarrollo literario, educacional y cultural.

Nuestra destacada profesora y escritora recibió además el título de Doctor Honoris Causa en Humanidades y Literatura, nombramiento realizado por la Asociación Mundial de Escritores y Artistas del Orbe, con el apoyo de Unesco, durante 2023.

El mismo año obtuvo el Premio Mundial e Hispanoamericano "Pluma de oro", por su muy meritoria trayectoria literaria, otorgado por la Asociación Mundial de Escritores del Orbe.



EL ÚLTIMO GRUMETE DE LA WILSON
Atilano Ortiz Aravena



Pronto cumplirá los 90 años y aún mantiene vigente el hábito de caminar. Pero no estamos hablando aquí de ir a comprar el pan al almacén de la esquina, sino de distancias mucho más considerables, como por ejemplo la que hizo hace pocos días entre su casa de la parte alta de la población Almirante Wilson y la calle Alcalde Alejandro Peralta del sector de Troncos Viejos. Ida y vuelta, por cierto.

¿Cuál es la receta para conservar el estado físico y la buena salud, que le permite lo que, para muchos otros adultos mayores, incluso más jóvenes que él, sería simplemente imposible? La respuesta es sencilla, pero rotunda: *“las ganas de vivir”*, dice Atilano Ortiz, este conocido, querido y respetado vecino de la Wilson.

Y, conforme nos vamos adentrando en su relato de vida, las palabras de este hombre de buen semblante y amena charla, comienza a llenarse de sentido.

Nació en el puerto de Talcahuano el 4 de enero de 1935 y poco tiempo después llegó a vivir a Valparaíso. En aquel periplo de puerto a puerto las cosas no se le harían para nada fáciles a su familia, tanto así que por problemas económicos Atilano no tuvo otra opción que abandonar los estudios, cuando cursaba el sexto de Preparatoria.

Tenía que aportar dinero al hogar, por lo que comenzó a trabajar en la Casa Singer de Valparaíso, empresa en la que aprendió a operar las máquinas de coser, lo que a su vez le sirvió de base para entrar a trabajar posteriormente a la famosa camisería de Antonio González, también ubicada en la ciudad puerto.

Doce meses después y ya con 16 años a cuestas decidió postular a la Escuela de Grumetes de la Armada de Chile. *“Me fue bien, entré a la Marina y me tocó el retiro pasados los 30 años, como sargento*

segundo”, relata Atilano, quien se especializó en Artillería en su carrera naval.

Se casó con Liliana Carrasco Arriola y fruto de esta unión tuvieron dos hijos y una hija. Hoy cuenta con orgullo que es abuelo de cuatro niños y bisabuelo por partida doble. Antes de su salida de la Armada, Atilano y familia ya se habían trasladado a la población Wilson. Corrían los años sesenta. Era el inicio de su gran proyecto de vida: la casa propia. Pero más que eso,



su proyecto de vida terminaría siendo el vecindario, ya que, junto con iniciar los trabajos para mejorar sus condiciones habitacionales, no pudo evitar asumir un compromiso con toda la comunidad, al menos los vecinos de su sector.

“Cuando llegamos, esta población estaba en pañales. No había agua potable, la alcantarilla estaba disponible solo para cuatro casas que estaban más arriba que la nuestra. No teníamos luz eléctrica. Todo esto era tierra; no había nada. Teníamos que usar dos pares de zapatos: unos para salir de casa y pisar el barro cuando bajábamos hacia la estación de Peña Blanca; los otros para cambiarnos antes de subirnos al tren que nos llevaba a Valparaíso. Los camiones no podían subir por las calles de tierra. Teníamos que ir a buscar el gas allá abajo”, recuerda este sargento en retiro que se dio cuenta que había que hacer muchas cosas para mejorar la calidad de vida de todos en el barrio.

Por eso, es que no dudó en reunirse con otros vecinos a fin de pensar en ideas y estrategias para salir adelante. Formaron una junta de vecinos, pero comenzaron a trabajar sin personalidad jurídica. *“Hacíamos reuniones en la sede de la cooperativa, en la que yo ocupaba el cargo de revisión de cuentas”,* dice Atilano. Una de las primeras tareas que se propusieron fue la instalación de unos enormes tubos de latón para cubrir el zanjón que de cierta manera les aislaba por el ala poniente de la Wilson. Recuerda que ellos mismos debían instalarlos y que sacaron tierra desde sus propios terrenos para rellenar el accidente geográfico que impedía el paso de vehículos motorizados.

Después fue el tema de las inundaciones durante los inviernos, principalmente en la calle Moraleda. Y tal fue este problema que incluso el diario El Mercurio de Valparaíso lo consignó en un reportaje en una de sus ediciones del año 1964.

Y claro, la pronunciada pendiente en que se emplazaron las casas llevó a los vecinos a ingeniárselas para evitar las anegaciones.

“Nosotros les pasábamos los materiales y ellos hacían los arreglos y mejoras”, recuerda Atilano Ortiz.

El proceso de pavimentación fue otra de las tareas en que este pionero de la Wilson centró sus esfuerzos. *“La cooperativa firmó alrededor de siete u ocho mutuos hipotecarios... y la presidenta de la Asociación de Ahorros y Préstamos en Santiago nos dijo que tenían dinero nuestro y que el gobierno pondría el resto para la pavimentación de nuestras calles”,* explica el ex grumete.

Así comenzaría entonces, en el año 1972, la tan anhelada pavimentación de las calles, pero antes fue necesaria la construcción de muros de contención en la parte alta del sector. Después sería el turno de la iluminación y para ello la propia cooperativa compró los postes de alumbrado público y empalmes para la electricidad domiciliaria. *“Hay actas escritas de la cooperativa que lo acreditan. Entonces nosotros podríamos reclamarles a las compañías que nos están ocupando gratuitamente los postes que son nuestros”,* reflexiona Atilano y de paso esboza una crítica a la administración municipal de ese tiempo: *“La municipalidad no nos daba ni juguetes para los niños en Navidad, porque éramos uniformados”.*

El tema de los juguetes finalmente tuvo solución, pero en gran medida por la porfía y decisión con que Atilano exigía las cosas que consideraba justas o necesarias para el buen vivir y el desarrollo de su vecindario.

Ahora, este hombre de mirada amable e indudable buena voluntad camina lentamente por el patio de su casa, lugar que ofrece una hermosa vista parcial de Peña Blanca hacia el sur poniente. Se ven pasar buses y automóviles por el troncal y las numerosas casas de condominios y poblaciones nuevas, propias del vertiginoso crecimiento inmobiliario de la zona. Se observa también parte de una industria de muebles y un hipermercado de cadena nacional. Atilano picotea la tierra de la taza de un pequeño palto que plantó hace un par de semanas, toca una de sus hojas y sentencia: *“aquí*

falta un poco de agua". Después echa un vistazo escrutador al resto del patio, que como en muchas casas de la población Wilson, se emplaza a modo de terrazas incaicas, y da un respiro profundo, como ademán de satisfacción. Su hija, que lo ha acompañado en todo momento, sonríe con orgullo y comenta: "tiene buena mano mi papá", refiriéndose a la buena salud de que gozan las plantas, arbustos y árboles que crecen en el terreno que les ha acogido por ya más de sesenta años.

Especial mención merece una enorme y añosa higuera que se impone en mitad del patio y que ofrece una confortable sombra, especial para capear el sofocante sol de verano. La misma que dos veces al año ofrece higos y brevas por montón y que en las noches de San Juan hizo más de alguna vez tocar la guitarra a sus hijos, sin que supieran hacerlo, cuando en familia realizaban las tradicionales pruebas esotéricas en la noche víspera del 23 de junio.

En gran medida la forma de ser de este sargento en retiro de la Armada se parece al patio de su casa, pero aún más a su jardín, en el que lucen diversas plantas muy bien cuidadas y ordenadas armónicamente y corona el espacio un hermoso limón cargado con el ácido y refrescante fruto, que Atilano no escatima en compartir con sus vecinos.

Así fue y es Atilano. Y al mirar ahora las casas de la empinada calle Almirante Wilson en este sector emblemático de la población del mismo nombre y comparar el paisaje con el que se encontraron Atilano y sus vecinos hace ya más de seis décadas, que no era más que un agreste y arcilloso cerro que parecía venirse abajo por cada lluvia que caía, no queda más que entender que hay espíritus humanos que, más allá de ideología política, creencia religiosa o perspectiva moral, tienen la convicción de concretar lo que se proponen. Atilano es uno de ellos y en gran medida la población Wilson debe su existencia al incansable trabajo vecinal de este hombre nonagenario que, de seguro, seguirá caminando por las

calles de Peña Blanca y Villa Alemana dejando en cada paso su huella indeleble de compromiso social.



LA MAESTRA EN TRES HISTORIAS
Esther Valencia Aracena



Lágrimas sobre el parqué.

Esther tenía 5 años cuando hizo contacto por primera vez con el arte visual. Quería matar una araña que acababa de sorprender caminando “patas para arriba” en el cielo de la cocina de su casa en Ovalle. Lo primero que llamó su atención fue el hecho de que la araña burlara la fuerza de gravedad tan fácilmente. Luego reflexionó y, pese a no tener la absoluta certeza moral de lo que decidía hacer, tomó sigilosamente de un mueble la caja de fósforos Copihue, que su madre solía dejar entre los caldos Maggie y la pimienta. Ubicó una silla en el piso, justo bajo el arácnido. Subió. Frotó la cerilla en la lija de la cajita y la flama surgió. Acercó el fósforo hacia el bicho de ocho patas, pero sólo encendió las telas de araña acumuladas alrededor de la bombilla de luz y, mientras veía

con algo de frustración cómo escapaba el arácnido, un coscorrón le cayó de repente en la mollera. Su padre la obligó a bajar de la silla y la reprendió con una lección sobre el peligro que acarrea manipular fuego, aunque fuese con los aparentemente inofensivos fósforos. Tan hondo calaron los dichos del papá en su alma de niña, que no pudo contener las lágrimas en sus ojitos claros como agua de arroyuelo, alejándose de la escena por un pasillo que daba a su habitación. En ese tránsito vio cómo las gotas de su llanto humectaban el piso, dejando un fugaz testimonio del sentimiento que le agobiaba. Pero no sólo vio eso. Vio también formas, volúmenes, figuras, tonos e intensidades de luz y color; en otras palabras, estaba componiendo en la mente sus primeros cuadros plásticos. De seguro, en ese entonces no razonó al respecto, sin embargo, aquella intuitiva exploración sensorial terminó transformándose en el hito inicial de una historia de vida que nunca más se desprendería del arte. La huella de su llanto sobre las tablas del parqué y las manifestaciones pictóricas que formó su mirada infantil se abrieron ante ella como una gran ventana de libre expresión creativa. Esther, tal vez sin querer queriendo, comenzaba a darse cuenta que era capaz de construir pequeños nuevos mundos imaginarios visuales.

El tren de los paisajes.

Su padre fue un inquieto profesor normalista, de profunda vocación educativa y gran sentido social un hombre que no se arredraba en llegar a los lugares más recónditos en su afán de educar y fomentar la cultura y el deporte. Esas virtudes que tanto admira de quien le dio la vida fueron las “culpables” de haber tenido, en su infancia y parte de la adolescencia, un “papá nómade”; y con él, toda una familia nómade siguiéndole los pasos.

Esther ya era una intrépida niña de diez años cuando los viajes familiares en tren se hicieron rutina, precisamente por la naturaleza del trabajo docente de su padre. En la invocación de sus recuerdos aparecen imágenes que jamás pudo borrar de su alma. A través de la ventanilla del convoy de tercera clase, camino a Valle Hermoso o tal vez a algún villorrio perdido en la precordillera del Norte Chico, su mirada se perdía en la vastedad de los parajes campestres por donde el ferrocarril surcaba su tránsito.

Revelándose a la instrucción maternal de permanecer sentada, Esther se arrodillaba en el asiento y con sus pequeñas manos formaba una suerte de cámara fotográfica, pegada al vidrio, para encuadrar paisajes, escenas, instantes, que el viaje le regalaba. No le temía al vaivén eterno del tren sobre los rieles y se aventuraba por el pasillo, bailando o cantando, provocando risas entre los pasajeros y algo, no mucho la verdad, de irritación en sus padres. En alguno de esos transbordos que debían hacer para llegar a destino, Esther recuerda la vivacidad colorística de aquellos pueblos soleados, como verdaderos frescos plasmados en el bastidor de su memoria. Igual como el asombro que le provocó una carreta de madera, cargada de paja, quizá forraje o vestigios de una trilla, pero que según su remembranza estaba tan llena que parecía rasgar el cielo calipso con el pasto seco, amarillento y brillando como oro, cuando el sol le daba de costado a la escena criollista, como si se tratara de una pintura de Alberto Valenzuela Llanos o Juan Francisco González, mientras el tren se escondía en la curva, tras una loma vestida de espinos, mañiles y chilcas.

Naturaleza salvaje.

En Valle Hermoso, el pueblito de La Ligua famoso por sus chalecos de lana, tuvo lugar una anécdota que bien refleja la actitud de Esther frente a la vida y sus bemoles. Una mujer sensible, pero no por eso débil, menos aún cobarde. Algo temeraria, quizá;

seguramente esa necesidad espontánea y frenética de dejarse caer, para ir en busca de su verdad estética y luego retornar con técnica y fundamentos convertida en obra.

Su padre había mandado a hacer una cancha de fútbol. En la mayoría de las localidades donde llegaba a “hacer patria”, por precarias que fueran las condiciones socioeconómicas, se preocupaba de habilitar espacios para el desarrollo del deporte. En Valle Hermoso no fue la excepción. Se armaban tremendas pichangas y Esther solía ver los partidos, aunque en realidad le importaba más una yegua baya en la que se movía un joven campesino liguano y que pastaba en las inmediaciones de la cancha de tierra. Esther no tenía más de doce años.

A sus oídos llegó el rumor de que la yegua, de pata corta y gruesa, era imposible de montar, salvo por su dueño, el joven campesino. Tan chúcara era que se le fue en collera a los más reconocidos amansadores de la zona y, lo más trágico, había cobrado las vidas de dos lugareños que osaron montarla y que terminaron al fondo de un precipicio.

Incrédula, Esther veía cabalgar al jovencito y no escondía sus ganas de subirse alguna vez al caballar. Le atraía el dibujo anatómico del animal, las curvas que en luces y sombras se formaban por la musculatura y sus volúmenes, la cola gruesa, los crines que le caían desde la nuca hasta el lomo, las pezuñas carcomidas por el tiempo. Esta vez, Esther no sólo iba a ser espectadora de aquel cuadro vivo que se le presentaba. Quería un rol protagónico. Quería experimentar la sensación de cabalgar.

Una tarde, perdida en sus recuerdos, salió de casa. Le dijo a su papá que iba a la cancha a juntarse con unas amigas. Sabía que ahí estaría el jovencito jugando a la pelota y su yegua amarrada a un árbol. En un momento de descanso en el juego, Esther se acercó al joven.

- Su caballo es hermoso.
- Es una yegua, señorita. Se llama Canela.

- ¿Me dejarías montarla?
- No creo que sea buena idea. Sepa usted que yo soy el único que la puede montar. A mí nomás me deja. A ningún otro hombre. A una mujer, menos.

Esther lo convenció rápidamente con su carisma y, probablemente eran tantas sus ganas de subirse a la yegua, que nada finalmente la detuvo.

Sin montura. A pelo. Así estaba Esther sobre el lomo de la Canela, cuando tomó las riendas y, sin experiencia previa alguna, comenzó a moverse con la enorme bestia. En principio todo se veía normal, sumado a que le acompañaba de cerca el jovencito. Pero, de un momento a otro, la yegua relinchó y levantó las patas delanteras, antes de echar a correr como se suponía iba a ocurrir.

En un par de segundos, Canela y Esther atravesaron la cancha y se perdieron tras un maizal. El jovencito no tuvo otra mejor idea que ir a avisarle sobre la situación al profesor Valencia, el padre de la osada chiquilla que montó a la chúcaro Canela.

Para Esther, la cabalgata fue intensa y nunca se sintió amedrentada por el animal. Ahora, cuando rememora, cree que le transmitió su confianza a la yegua. Claro que varias veces pensó que perdía el control y que la frescura del viento en su cara y el placer de la adrenalina que la recorría, podía transformarse fácilmente en un accidente grave o, por qué no, mortal.

Fueron unos cinco minutos de pura pasión, de una experiencia íntima con la naturaleza en su estado más salvaje. Todo terminó cuando la Canela se detuvo -“providencialmente” diría después el profesor Valencia- a un par de metros del borde de la parte alta de una cantera. Era el precipicio del que había oído. Esther se bajó de la yegua y se acercó a la orilla se inclinó y pudo ver la imponente altura y al fondo del barranco dos animitas. Su padre y el jovencito aparecieron después. El joven tomó las riendas de Canela y el profesor Valencia, contra todo pronóstico, cambió la reprimenda más que justificada por un tierno y emotivo abrazo.



(Esther Valencia Aracena nació en Caldera el 3 de mayo de 1939. A sus 84 años de vida aún mantiene vigente y en funcionamiento el taller de Arte y Libre Expresión en su casa de Villa Alemana).



EL “COMPAÑERO CONDUCTOR” EN DOS RELATOS
Gastón Espinoza Vega



Una peña increíble.

Gastón Espinoza Vega nació en el sector de Palermo, en Villa Alemana, el 13 de noviembre de 1948. Hijo de Luis Espinoza Suárez, oriundo de Illapel, obrero, gasfiter, pintor, y de Ana Luisa Vega Ortega, nativa de El Melón, dueña de casa y lavandera, Gastón se crio en un hogar modesto, pero con principios y valores que le dieron a su personalidad una impronta de superación y, en especial, amor por el arte, la cultura, el deporte, la política y lo social. Es un villalemanino “de aquellos”, que porta una mochila cargada de historias, las que finalmente van dibujando su propio relato de vida y que no pueden abstraerse del contexto histórico político en que sucedieron: la dictadura militar de Augusto Pinochet.

A temprana edad, se traslada a Maipú, Santiago. Su padre había encontrado trabajo en la empresa Fenza. "Recién estaban construyendo el templo Votivo de Maipú", recuerda Gastón. Pero poco le duraría la estadía en la capital, ya que el clima afectó gravemente la salud de su madre, quien sufría una afección pulmonar que se agudizó con el aire santiaguino. La recomendación médica fue tajante: volver a Villa Alemana.

Se instalaron en el sector del paradero 8, primero en calle Ramírez y luego en Castro. "Yo empecé a estudiar en la escuela 59, que estaba en la calle Díaz, entre Cumming y Arrieta, detrás de lo que ahora es el supermercado Unimarc. Ahí estudiaron muchas familias conocidas de Villa Alemana, los Peretti, los Lasnibat... La educación media la hice en la Escuela Industrial de Valparaíso", rememora.

Su espíritu inquieto lo llevó más tarde a estudiar la carrera de Orientador deportivo y a establecerse en Santiago, donde comenzó a trabajar en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile.

"Tenía un puesto administrativo, como de junior, en los laboratorios", señala Gastón, quien además recuerda que, en mitad de la década del setenta, en pleno régimen militar, comenzaron a formarse en la universidad varios talleres artísticos y una agrupación cultural universitaria.

"Con unos excompañeros y funcionarios armamos un taller. Había miedo, pero así y todo decidimos hacer una peña folclórica el año '77. Algunos decían que era peligroso que nos reuniéramos y que no nos iban a dar permiso para hacerla", relata Gastón.

Pero a alguien se le ocurrió que la mejor fecha para hacer la peña era en Navidad, ya que todos los años se realizaba una fiesta navideña en la universidad. El pretexto era perfecto: hacer una peña para juntar fondos para comprar regalos para los niños. Iba a surgir un segundo y no menos importante problema: "¿a quién invitamos a cantar?", recuerda Gastón. En ese momento todos se miraron y después de un par de segundos que parecieron eternos, una integrante del taller dijo conocer a Rebeca Godoy, una

de las artistas de la Casa del Cantor. “Fuimos en delegación y junto a la positiva respuesta de Rebeca, nos dieron la noticia de que justo ese día se juntaban casi todos los que cantaban ahí, así es que teníamos que aprovechar de hablar con ellos. Cuento corto: en nuestra peña tendríamos a Rebeca Godoy, Pancho Huacamán, Tiluza y el Conjunto Aymará...”, agrega este hombre de 75 años, parapetado ahora en el living de su casa, ahí en la esquina de Santiago y Williamson.

Lo que nunca imaginaron los organizadores del evento musical fue que iban a contar con un verdadero broche de oro, ni menos que el encargado de anunciarlo sería un miembro del grupo, que pertenecía además a una agrupación juvenil de la iglesia, y del que la mayoría de los integrantes del centro cultural desconfiaban. Pues bien, el cuestionado individuo dijo ser amigo de Fernando Ubierno y aseguraba que el destacado cantautor chileno no iba a tener ningún problema en presentarse en la peña.

“Nos faltaba la autorización del decano de la facultad, Francisco Santa María... Uno de los miembros de la organización tenía un conocido que pertenecía a una agrupación de paracaidistas deportivos; entonces surgió la idea de que este paracaidista se disfrazara de Viejo Pascuero y llegara desde el cielo en paracaídas para entregar los regalos. Esa pomada le vendimos al decano”, comenta Gastón, sin poder evitar esbozar una sonrisa. En resumen: actuaron todos los artistas invitados, se llenó de público, a Gastón le encargaron ser el conductor del evento y Fernando Ubierno llegó y cantó sus más famosas canciones. Fue una peña increíble.

Panfletos invisibles.

A los pocos días de ocurrido el Golpe Militar, Gastón no sabía nada de su familia y, obviamente, su familia tampoco de él. Sus padres estaban en Villa Alemana y el inquieto Gastón seguía en Santiago, entre estudios y trabajo, tratando de abrirse camino en la vida.

Las comunicaciones no eran como ahora, lo que, sumado a las restricciones impuestas por el régimen dictatorial, daban como resultado una total desconexión. Gastón pensaba que no tenía más opción que arreglárselas como pudiera para ir a visitar a sus padres. Apenas se levantó el toque de queda los buses interprovinciales retomaron parcialmente sus servicios y Gastón viajó a su natal Villa Alemana.

Ciertamente Gastón era un hombre de izquierda. Su pensamiento político vibraba sin cuestionamientos en el espectro ideológico marxista. Sin embargo, al parecer, este joven estudiante y funcionario universitario no le había tomado el real peso a las circunstancias represivas en que se había volcado el país.

“Algunos compañeros de la facultad se habían robado un mimiógrafo de la universidad para hacer panfletos en contra del Gobierno Militar. Yo, sin mayor reflexión, agarré un paquete de estos volantes, pensando que en Villa Alemana no había nada de información. Descosí el forro interior de mi maleta y los coloqué ahí debajo de la ropa y el resto de mi equipaje. Yo había escuchado rumores de que los milicos estaban haciendo parar los buses en la carretera, pero la verdad es que no creí que nos llegara a ocurrir a nosotros”, recuerda Gastón.

Tan confiado llegó a estar que a los pocos minutos de iniciado el viaje Gastón sucumbió a los brazos de Morfeo y solo lo despertaron los gritos y zamarreos de un soldado, que vestido con tenida de guerra, con pintura de camuflaje en su rostro y metralleta en mano, lo instaba a ponerse de pie y salir del bus. Medio confundido aún por el sopor del sueño Gastón parecía no responder a la orden del militar, quien para asegurarse de que su interlocutor cumpliera su exigencia, le colocó violentamente el cañón del arma de fuego en medio de las costillas.

- Voh, chascón, bájate – le dijo el soldado.

Gastón solo atinó a caminar por el pasillo y descender. Se dio cuenta de que estaban en Curacaví. Abajo habían varios soldados

más, todos armados y preparados como para un combate. Otra vez fue encañonado, pero esta vez a la altura de la cabeza.

- ¡Cómo te llamái! ¡Qué hací' aquí en Santiago!
- Yo trabajo en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile, ahí en avenida Macul.
- Ah, no, ese es el pedagógico poh hue'ón.

Tuvo que mostrarles una de sus liquidaciones de sueldo de la Facultad de Ciencias a los soldados, para finalmente convencerlos de que les decía la verdad.

Los militares no siguieron adelante con el procedimiento y le indicaron a Gastón que volviera a abordar el bus.

Peña Magisterio

De vez en cuando Gastón viajaba desde Santiago a Villa Alemana para visitar a sus padres. Un día de esos, del año '78, un amigo le contó que estaban organizando una peña en la población de los



profesores. No lo pensó dos veces y llegó al evento, ahí, en la calle Ignacio Carrera Pinto. Estaba todo listo, salvo que el maestro de ceremonia había fallado y como se había corrido la voz de que Gastón había debutado como conductor de una exitosa peña en Santiago, le ofrecieron ser el maestro de ceremonia “Me quedé como conductor hasta 1981. Era la Peña Magisterio”, recuerda. También fue el conductor de los Jueves Folclóricos en el legendario local Porcel de Peralta, en la calle Santiago, frente al restorán Sin Rival.



AMOR A PRIMERA VISTA POR VILLA ALEMANA
Roberto Valencia Herrera



Fue amor a primera vista. Roberto Valencia tenía diez años cuando descendió del automotor expreso Santiago-Valparaíso en la estación Rumié de Villa Alemana y apenas se abrió la puerta del convoy sintió una agradable brisa acariciar su rostro. Ya en el andén volteó hacia el norte y se abrió ante sus ojos un pastoso paisaje de sinuosas lomas verdes que recortaban suavemente un cielo azul turquesa y un par de solitarias nubes blancas en un casi imperceptible avance en suspensión hasta desaparecer. Fue amor a primera vista.

Roberto Valencia tiene ahora 71 años, es director de la Cruz Roja de Villa Alemana y dice estar en condiciones de asegurar que su amor por la Ciudad de la Eterna Juventud sigue intacto desde aquel día del año 1962 en que pisó por primera vez suelo villalemanino. Aquel viaje en tren a través de la ruta de Meiggs, fue el primero de muchos más, que Roberto hizo junto a su abuela en principio y en solitario después. “Empecé a venir todos los inviernos y los veranos también. Hice muchos amigos acá y mi idea fue siempre venirme definitivamente a Villa Alemana”, comenta este trabajador social de profesión, nacido el 8 de agosto de 1952, en la comuna de San Miguel, Región Metropolitana.

Hijo de Enrique Valencia y Adriana Herrera, operario de una maestranza y dueña de casa, respectivamente, Roberto comenta que sus padres fallecieron hace varios años, pero que siguen más vivos que nunca en su memoria.

Sin poder evadir su vocación por la labor comunitaria, Roberto no vio otro camino profesional posible en su vida que no fuera la carrera de Trabajo Social, cuyos estudios cursó en la Universidad Central de Chile.

Pronto, sus conocimientos universitarios comenzarían a traducirse en concretas acciones de asistencia social, a la vez que también iba a ir conformando su proyecto familiar. Hoy, cuenta con gran orgullo que es un hombre casado, padre de tres hijos y abuelo de cuatro nietos.

Su vínculo con la Cruz Roja Internacional se iniciaría mucho antes, en tiempos en que Roberto cursaba la enseñanza media en el liceo Manuel Barros Borgoño, en Santiago. Ingresó entonces a la Cruz Roja de la Juventud y realizó el curso de Operador de Primeros Auxilios, conocimiento que continuaría aplicando en beneficio de la comunidad durante sus años de universidad.

Paralelamente, continuaba viajando de manera periódica a Villa Alemana, y siempre lo hacía en el tren que abordaba en la Estación Mapocho en Santiago. Por eso es que cuando recuerda la tragedia

ferroviaria de Queronque, no solo se le vienen a la mente aquellas imágenes de dolor que dejó el violento choque de automotores ocurrido aquel fatídico 17 de febrero de 1986, sino que también el hecho de que a raíz del horroroso accidente, que dejó 58 fallecidos y más de medio millar de heridos, se suspendiera indefinidamente aquel histórico servicio de transporte de pasajeros Santiago-Valparaíso, lo que lo obligó a viajar desde entonces en buses interprovinciales. “Me acuerdo de que empezamos a viajar a Villa Alemana en buses Sol del Pacífico”, cuenta Roberto, y una incontrolable sensación de nostalgia torna algo vidriosa su mirada. Son los recuerdos que laten en medio de la evocación. Se confunden entre sí las imágenes de la calle Berlín a la altura de Rumié, las serpenteantes lomas de frondosa vegetación al fondo del poblado, el tranque, que desapareció bajo la arrogancia invasiva de las empresas inmobiliarias, los espinos, los senderos, las casas quinta... “Fueron años hermosos e inolvidables. Jugábamos en la calle, íbamos al tranque Rumié a tirar piedrecillas al agua. Una comuna muy agradable, su clima mediterráneo... me llamaba la atención eso de que la llamaran la ciudad de la eterna juventud y eso de que hay una gran placa de cuarzo debajo de la comuna... la gente tenía sus chacras, sus pozos, sus molinos de viento para sacar agua...”, rememora Roberto. Tal vez por todo lo anterior es que haya decidido, apenas inició su jubilación, comprarse un departamento en Villa Alemana.

Ya establecido junto a su familia como residente en Villa Alemana, Roberto comenzó a trabajar como voluntario de la Cruz Roja local y al poco tiempo evidenció su gran vocación por la beneficencia social, además de su preparación en la materia y su alto espíritu laboral y de trabajo en equipo.

Fue así, que le ofrecieron el cargo de director de gestión de riesgos, nombramiento que aceptó de inmediato y que a poco andar lo posicionó en la comuna como un profesional serio, proactivo y competente.

“Mi experiencia en la Cruz Roja ha sido muy buena. Es una institución muy amigable con la comunidad; de hecho, es la entidad mejor valorada en Chile después de Bomberos. Nuestra misión es mitigar el sufrimiento humano, mejorar la calidad de vida de las personas y recuperar la seguridad y la salud de la gente”, señala con orgullo Roberto, agregando que de alguna manera su labor social es una vuelta de mano a Villa Alemana “por todo lo que esta comuna me ha dado”.

Ahora, Roberto Valencia está sentado en el segundo piso del histórico edificio de la Cruz Roja de Villa Alemana, en calle Santiago, pleno centro de la comuna de los molinos, y su mente no ha parado de viajar por los recuerdos, como este que relata a continuación:

“Cuando yo llegué acá, la Cruz Roja también tuvo que ir a hacer operativos al Monte Carmelo de Peña Blanca, por lo de Miguel Ángel y las supuestas apariciones de la Virgen María... Era muchísima la gente que asistía y los voluntarios de la Cruz Roja instalaban puntos de hidratación. Muchas personas se desmayaban por estar tanto tiempo expuestas al sol, otras decían tener visiones, otras sufrían severas crisis de pánico; y que decir de lo que decía Miguel Ángel y lo de sus supuestos estigmas. Después se supo la



verdad, pero lo cierto es que había mucha fe en esa gente...”.

Un recuerdo más cercano en el tiempo, pero que también involucra el trabajo de la Cruz Roja es lo acontecido durante la pandemia. En su calidad de director de gestión de riesgos, Roberto mantenía

fluida comunicación con la municipalidad y la labor de la entidad voluntaria fue fundamental para enfrentar la coyuntura de emergencia sanitaria. “Repartimos mascarillas, fomentamos la vacunación masiva, hicimos convenios con CESFAM para ser puntos de vacunación e hicimos test de covid, principalmente en un camión adaptado para dicho fin y que se ubicaba en la plaza Belén”, explica.

En todo este trabajo, Roberto reconoce el aporte significativo de la Municipalidad de Villa Alemana en cuanto a insumos médicos; sin embargo, hace hincapié en que la filial villalemanina de la Cruz Roja pretende siempre ser una institución autosustentable, por lo que mantienen activos los cursos que dan a la comunidad y el policlínico abierto y gratuito para atención de personas, aunque en este caso se reciben donaciones voluntarias.

Roberto, el cuentacuentos.

“Yo soy cuentacuentos”, dice, con una expresión que fusiona satisfacción y orgullo. Y es que Roberto ha descubierto en esta actividad artística una faceta creativa que siempre había palpitado en su alma, pero que había permanecido en el terreno de lo íntimo o simplemente no había sacado a la luz pública.

Y lo cierto es que no solo es propietario de un innegable talento para contar historias de manera oral, sino que además tiene una impronta de prolífica producción tanto en la adaptación e interpretación de relatos de otros autores, como en la creación original personal.

También ha sabido aplicar esta faceta narrativa a su trabajo en la Cruz Roja, lo que le ha permitido entregar tanto al personal como a los usuarios las informaciones de maneras más didácticas y entretenidas.

Participa en el taller Cuentos que nacen del alma, impartido por la cuentacuentos Julieta Saavedra. Ha realizado presentaciones en jardines infantiles, en el hospital de Peña Blanca y en el Teatro

Pompeya, entre otros lugares. Actualmente trabaja en escritura de cuentos relacionados con el valor del tiempo y desarrolla un tema con el número tres. “El número tres es muy especial. Son tres los cerditos, tres los mosqueteros, tres los ratoncitos que van de paseo a la ciudad, al tercer día resucitó Cristo, tres son los estados de la materia, tres veces negó Pedro a Jesús, tres son las etapas del día, los reyes magos son tres, Jonás estuvo tres días en el vientre de la ballena, un cuento tiene tres partes, las dimensiones son tres: largo, ancho y alto...”, comenta Roberto.

...

Mientras tanto, este trabajador social que se enamoró de Villa Alemana siendo niño, quiere acercar aún más la Cruz Roja a la comunidad, por lo que llevará los cursos de primeros auxilios comunitarios a las juntas de vecinos, clubes deportivos, centros culturales, supermercados y toda instancia en que se requiera y siempre de forma gratuita.



LA INCANSABLE LUCHADORA DE LAS VEGAS
Norma Mesina Pizarro



Le cuesta caminar. Es un tobillo, dice. Sufrió una caída cuando bajaba la escalera hechiza de tierra del patio delantero de su casa. Lo irregular del arcilloso terreno por donde pasa a diario, para salir o entrar de su hogar, le jugó otra vez una mala pasada. Ahora le duele al pisar, tiene un esguince severo, pero parece no importarle.

Lo que sí le importa, y eso se le nota, es que casi todos sus vecinos de la población Las Vegas II de Villa Alemana han sufrido caídas como la de ella y en algunos casos incluso más graves. “Aquí, la mayoría de los pobladores son de la tercera edad; varios se han caído en los accesos de sus propias casas o en las calles del sector. El problema es que no están pavimentadas. En invierno las lluvias transforman las calles en verdaderos ríos y en verano el barro se seca y quedan al descubierto hoyos y peligrosos desniveles, aparte

del polvo que se levanta y casi no deja respirar. Aquí no llegan los colectivos y, lo más grave, no pueden ingresar las ambulancias”, comenta Norma Mesina Pizarro, dirigente vecinal que se ha ganado el respeto y admiración de su comunidad y las autoridades locales. Y es que Norma es literalmente un ejemplo de vida, de lucha y de



profundo amor por sus semejantes. Es una mujer en constante rebelión ante la adversidad y, sobre todo, la protagonista de un relato épico de lucha social en este territorio conocido como la ciudad de los molinos.

Y parece ser que mientras más cuesta sobrellevar la existencia, más fuerza y porfía asoma en el alma. En eso piensa ahora Norma, con sus setenta años cumplidos hace pocos días, mientras se deja asir por la privilegiada vista panorámica de Villa Alemana y parte de Quilpúe que le ofrece la ventana del living de su casa, aquí en la calle Bélgica, en el corazón de Las Vegas II.

El enfoque de sus ojos recorre calles, plazas, parques, casas, edificios y otras muestras de un progreso que parece serle indiferente. Por eso su mirada termina descansando en el serpenteante horizonte que dibujan, al fondo del cuadro, los cerros de la Cordillera de la Costa. Inevitablemente recuerda los inicios del barrio que ha sabido sacar adelante con su innata capacidad de gestión.

“Aquí, antes era más campestre. En el terreno de atrás de nosotros, un caballero tenía ovejas. Por aquí en este sitio había un pequeño curso de agua que corría por una zanja. No había nada. No había

luz, agua, nada. Era como estar en el viejo oeste. Faltaba solo que pasaran los indios para completar la escena”, recuerda entre risas. La población Las Vegas II se origina a raíz de algunas tomas de terreno y del arribo de familias que compraron los sitios para levantar sus viviendas, como en el caso de Norma, quien llegó a esta zona con la ilusión de consolidar su casa propia, el hogar de la familia que comenzaba a conformar.

Hija única de Domingo Mesina y Rebeca Pizarro, operario de Esva y dueña de casa, respectivamente, Norma nació el 1ro de enero de 1954 en el antiguo hospital San José de Santiago, llegó a temprana edad a Quilpué por motivos laborales de su padre y allí vivió hasta los 15 años, cuando se vino con camas, petacas y marido a Villa Alemana.

“Cuando llegamos aquí no había nada, pero recuerdo que igual se corrió la voz sobre la tranquilidad, el buen clima y hermoso paisaje que ofrecía el sector; y así, poco a poco se fue poblando”, comenta Norma y su rostro parece ser invadido por un inevitable sentimiento de nostalgia. Es que en aquellos años todo era más rural y esa vida campestre escondía las precariedades urbanísticas que, con el paso del tiempo y conforme se fue poblando el sector, terminaron saliendo a la luz.

Norma Mesina lleva más de doce años como dirigente vecinal, primero como secretaria de la junta de vecinos Las Vegas, luego un par de años como presidenta del comité vecinal y después como presidenta de Las Vegas II.

Gracias a su gestión, esta población, que en la actualidad cobija a cerca de 130 familias, cuenta con electricidad domiciliaria, red de alcantarillado, agua potable y postes de alumbrado público.

Lo que no logra explicarse esta mujer luchadora, y madre de dos hijos ya mayores, es el hecho de que en pleno año 2024, o sea ya casi cumplido el primer cuarto del siglo XXI, su población todavía tenga calles de tierra. “Llevamos 8 años participando en presupuestos participativos, sin resultado. Ya no sé qué tenemos

que hacer para conseguirlos. ¿Habría que hacerles regalos a las autoridades? Creo que simplemente los que reparten la torta tienen preferencia por otros sectores. No sé, tal vez sea porque aquí somos solo gente de la tercera edad”, expresa.

En los pasillos de la Municipalidad de Villa Alemana se comenta que hay una dirigente vecinal a la que se le endurecieron los nudillos de las manos de tanto tocar puertas para exigir lo que considera básico o mínimo en cuanto a urbanización y calidad de vida en su sector.

Es Norma Mesina, la incansable luchadora de Las Vegas II, la que el año pasado y contra todo pronóstico se graduó de cuarto medio, pagando una deuda consigo misma tras haberse visto obligada a abandonar su escolaridad en octavo básico. La misma que ahora se propone entrar a la universidad o a algún instituto de educación superior. “Me gustaría estudiar algo relacionado con educación; tal vez para ser inspectora o asistente de educación”, dice.

Se supone que su rostro debería expresar el gasto de la existencia, la fatiga de material provocada inevitablemente por el tiempo. Sin embargo, la fuerza de su mirada y la convicción de su sonrisa, logran imponerse en la totalidad expresiva de sus facciones y hoy Norma no piensa en dolor ni cansancio, solo se enfoca en lograr su objetivo de estudiar, sin dejar de lado algunas tareas que, siente, no puede ignorar. Y, claro, son esos problemas de su vecindario, por los que ha luchado sin cesar durante gran parte de su vida, lo que aún le inquieta.

Eso de tener que caminar por veredas imaginarias, calles de tierra, precarios accesos habitacionales... De plazas, parques o espacios de esparcimiento, ni hablar... y el sueño de una multi-cancha para la población agoniza en forma de una abandonada y roída loza de hormigón acosada por la maleza y la polvorienta vegetación del lugar que parece tragarse la ilusión de Norma y sus vecinos de Las Vegas II.

Almuerzos en pandemia.

La pandemia de Coronavirus no fue capaz de doblegar la voluntad de servicio público de Norma. Dicha coyuntura fue más bien un incentivo para ella. Se dio cuenta de que muchas familias del sector estaban pasándola mal, por los problemas económicos derivados de la contingencia del Covid 19.

¿Cómo ayudar?, se cuestionó. Un comedor comunitario, se respondió. Y empezó a trabajar, dejando fluir sus dotes gastronómicos y, sobre todo, su espíritu solidario y su talento a la hora de gestionar la adquisición de los alimentos e insumos necesarios para lograr su cometido.

Otra vez Norma Mesina arremetía en el edificio consistorial en busca del apoyo suficiente para poner en marcha su idea. Por ahí, en esas andanzas, se encontró con una profesional del área social, quien no dudó un solo segundo en la capacidad de trabajo de Norma, de quien, por lo demás, ya había escuchado y sabía que esta dirigente vecinal no la dejaría tranquila hasta lograr darle curso a su noble causa.

Tal fue la confianza que le inspiró Norma Mesina que le consiguió ayuda directa de la Unión Latinoamericana de Ayuda Internacional. “Nos llegó un inmenso camión lleno de alimentos”, relata la dirigente, sin poder esconder el orgullo que sintió al haber echado a andar un sistema de entrega diaria de almuerzos durante más de un año a alrededor de 150 personas de Las Vegas, Las Vegas II, Las Cabras y otros sectores aledaños.

“También recibí apoyo de la panadería Olfos, de la parroquia San Felipe Neri y del concejal Marcelo Góngora a quien bautizamos como ‘el hombre de la carne molida’”, recordó esta mujer que también se hizo conocida en la zona por conseguir durante los últimos años dulces y regalos para la Navidad de los niños de su sector y las poblaciones vecinas.

...

Norma baja ahora por la escalera hecha de tierra del patio delantero de su casa. Lo hace con cuidado. Intenta afirmarse de un plomizo madero que forma parte del cierre en el frontis de su terreno. Dice que no quiere usar bastón, ni menos uno de esos burritos o andadores de adulto mayor. No se queja, pero se nota que le duele al pisar. No quiere volver a postularse al cargo de presidenta de su junta de vecinos. La gente le pide que siga. Ella quiere entrar a la universidad. Piensa en eso y sonríe. Después mira hacia el fondo de la calle Bélgica y recuerda que debe seguir insistiendo en llamar al municipio para que les ayuden a desmalezar. “Un incendio forestal sería catastrófico aquí”, comenta y se acuerda que en un rato más tiene hora con el médico, por lo del esguince de tobillo.



ESE PEÑA BLANCA EN BLANCO Y NEGRO
Angelina Cuneo Donoso



Angelina Cuneo añora ese Peña Blanca análogo, ese territorio en blanco y negro que la recibiera siendo casi una recién nacida en la década del cincuenta, en plena mitad del siglo XX, en tiempos en que junto a sus padres y hermanos llegó a esta tierra, cuando entonces parecía ser solo un vergel. Los azares de la vida la situaron en esta localidad interior con vocación de ciudad, cuyos orígenes históricos se remontan a la segunda mitad del siglo XIX. “En 1860 el lugar estaba dividido en dos propiedades, que comenzaron a fraccionarse para vender terrenos destinados a viviendas de arrieros, quienes bautizaron el

sector como Peña Blanca, debido a una gran piedra de ese color que les servía como referencia”¹.

Lo que el historiador Belarmino Torres plantea en su Historia de Villa Alemana coincide casi al dedillo con el relato que Angelina esboza tras escudriñar en su memoria. Son sus recuerdos que asoman ahora, aquí, en este fugaz instante del presente y después de recorrer el serpenteante camino de su memoria.

Mientras fuma un cigarrillo, Angelina pareciera escudriñar en su pasado con su mirada a través del humo que emana de su boca. Está inquiriendo, hurgando, tratando de formar alguna imagen, evocando algún dato, un nombre de persona, de calle... “A la altura del empalme del troncal con el troncal² sur y la nueva carretera a Los Andes, había una casa donde un señor hacía ladrillos y aguardiente”, esboza con su voz ronca. Transcurre luego un par de segundos y agrega: “el papá de mi amiga Isis iba caminando a ese lugar a buscar licor”. Este hombre les contaba que en medio de la vegetación se imponían tres peñascos de tono blanquecino, que poco a poco y conforme la zona comenzó a ser incipientemente poblada, fueron espontáneamente usados como punto de referencia para ingresar desde el oriente hacia el sector de lo que será más tarde la población Wilson y por ahí dar también con la estación ferroviaria que adoptaba el mismo nombre: Peña Blanca. En medio de la evocación, Angelina recuerda un pequeño rancho, muy pobre, que surgía de pronto en ese trayecto que también se aventuró a realizar. Y así como veía a una mujer con una decena de hijos en esas precarias condiciones habitacionales, también vio lugares de mayor prosperidad, como los criaderos de animales de las carnicerías de la familia Riofrío. Pasaba por ahí en su bicicleta y sus ojos de niña no podían entender ese contraste.

¹ Torres Vergara, Belarmino (1955). Historia de Villa Alemana.

² Es el histórico camino que une las comunas costeras con las del interior. Corresponde a la Ruta 62.

El espíritu de comerciantes de sus padres, Santiago Cuneo y Ana Donoso, los trajo hasta Peña Blanca. Sabían que la zona estaba atrayendo cada vez a más personas que buscaban un lugar tranquilo y de amable clima para residir.

Y así fue como tres meses después de su nacimiento -el 21 de septiembre de 1950- Angelina arribaba al territorio del que terminaría enamorándose para siempre. “Mis padres compraron una propiedad acá y se instalaron con un negocio: Emporio Cuneo Hermanos. Era como un supermercado, repartíamos el gas y entregábamos pedidos a domicilio. En ese tiempo no había delincuencia y si la había los bandidos no eran tan malos como ahora”, comenta Angelina, y agrega: “Recuerdo uno de mis cumpleaños, siendo niña, en el que mis padres me regalaron un reloj. Después me mandaron a comprar a la farmacia a Villa Alemana. Yo en ese tiempo recorría toda la ciudad en bicicleta, así es que no tuve ningún problema en hacer el mandado. El problema es que cuando llegué al centro me di cuenta de que había perdido mi reloj. Volví con el encargo y al llegar a casa me sorprendió ver a mi padre con el reloj en sus manos. Un vecino de Peña Blanca lo había encontrado y devuelto. Así era la gente de Peña Blanca en los años cincuenta y sesenta...”. “Salíamos a repartir la mercadería con un chofer y un peoneta y a ellos les daban propina, pesos, billetes, monedas, en cambio a nosotras nos daban huevos, naranjas, manzanas... con mi hermana nos daba rabia... nosotros queríamos monedas para ir a comprar dulces”, relata, entre risas, esta mujer que ha mantenido su soltería hasta el día de hoy y que una vez fallecido su padre asumió junto a su madre la administración del emporio que estuvo siempre ubicado en el pasaje que une el camino troncal, que en ese tramo se llama Manuel Montt, con la calle Baquedano, que baja desde la estación Peña Blanca y termina fundiéndose con el troncal a la altura de la esquina conocida como el Belloni.

Son tantos los buenos recuerdos de ese Peña Blanca añorado por Angelina Cuneo que por momentos es la nostalgia la que se adueña de su voz y pareciera silenciarla, mientras su memoria inquieta sigue hablándole.

Tal vez por eso, es que se hace acompañar por su eterna amiga de vida, Isis Aravena, algo así como su brazo derecho, su voz, su sombra. En un momento Isis toma la palabra y aporta valiosos datos para la crónica de esta representante viva de una de las familias más conocidas y connotadas de Peña Blanca.

“Los Cuneo son parte fundamental en el desarrollo de Peña Blanca. En el comercio por ejemplo abastecieron durante años de las menestras y productos de primera necesidad a la población local. En parte son responsables de la fundación del Club Deportes Peña Blanca y por el lado de la madre de Angelina, fundadores del hogar de ancianos de la calle Lautaro y miembros activos de la comunidad católica de la iglesia La Asunción”, relata Isis.

Tras la muerte de su padre, luego la de su madre, y la paulatina irrupción de los supermercados de cadenas nacionales en la zona,



el Emporio Cuneo Hermanos cerró su cortina para siempre; pero Angelina no pudo evitar seguir trabajando, primero como secretaria en la Universidad de Chile, en Valparaíso, y luego como dirigente del comercio detallista villalemanino.

Durante varios años fue presidenta de la Cámara de Comercio de Villa Alemana y en la actualidad, con 73 años en el cuerpo, sigue desempeñándose como secretaria administrativa de esta misma entidad.

Definitivamente Angelina se queda con su Peña Blanca de antaño, ese más precario tecnológicamente hablando, pero mucho más cercano y confiable. Se queda con los tiempos en que junto a sus amigos iban a recolectar callampas a los cerros y una vecina les esperaba con pan amasado y un sartén listo para saltearlos y compartirlos entre todos. Se queda con aquellas memorables jornadas del legendario cine Astor, en los años sesenta y setenta, con los populares rotativos y películas clase B de ese Hollywood lejano e inalcanzable, salvo en el momento de la mágica sensación de acomodarse en la butaca y enfrentarse en medio de la densa oscuridad de la sala a la luminosa pantalla grande y su fábrica de sueños. “El Astor era de la familia Romero Salas”, afirma Angelina. Se queda con esa performance genuina y casi de realismo mágico que significaba para ella Sabino González, un vecino que se dedicaba a hacer pozos, que era muy alto y montaba un caballo blanco gigante, vestía un sombrero de ala ancha, una enorme manta y solía ir a ver los partidos de fútbol dominicales con una pistola al cinto, como si se tratase de un personaje de película de *western*. Se queda con el Peña Blanca de las quemas del Judas en distintos puntos de la localidad al finalizar la Semana Santa y en las que participaban con entusiasmo todos los vecinos. Se queda con las fiestas costumbristas de la Teniente Orella, con las carreras en chanchas (carritos hechizos de madera con ruedas de rodamientos), con los bares de Juanito Orellana, el Belloni y la señora Fresia en la calle Colo Colo... se queda con ese territorio en que se fundía

armónicamente lo rural y lo urbano, en aquella localidad en que los vecinos se conocían entre sí, se contaban sus secretos, se ayudaban y trabajaban en comunidad por hacer crecer los barrios y poblaciones. Se queda con la escena de la película chilena “El hechizo del trigo” de Eugenio de Liguoro, en la que aparece en gloria y majestad la estación de Peña Blanca. El tono blanco y negro de la cinta de celuloide de este filme de 1939 representa en cierta medida esa metafórica añoranza de Angelina Cuneo: Ese Peña Blanca en blanco y negro



EL RETORNO DE UN POETA “ILUMINADO”
Elías Figueroa Brander



“He recorrido mil lugares, caminos
He visto, lunas, mares, amaneceres
Escuché canciones hermosas
Sentí al éxito abrazarme
Sonreírme la gloria
Pero en mi mente solo una melodía
Solo una canción: Volver...”

Elías Figueroa Brander escribió estos versos -que forman parte de un poema más extenso- en momentos en que el éxito y la fama no lo dejaban bajar del Olimpo. Había dejado una huella imborrable en

el fútbol uruguayo. Así como en todo Brasil, en donde como ídolo, hasta hoy es recordado.

El mundo entero lo consideraba el mejor defensa central del fútbol de todos los tiempos. Tres años consecutivos era elegido el mejor jugador de América; tres años en los que el mismísimo Pelé jugaba también en este continente. Si hasta incluso el propio rey del fútbol le entregó un cheque en blanco para que lo llenara con la cifra de dinero que quisiera, con tal de que se nacionalizara brasileiro y así pudiera jugar por la selección “verdeamarela”. ¡La cifra de dinero que quisiera! Sí. No es un mito. Así fue no más. Así fue. Pero no.



Increíblemente Elías rechazó la oferta. Y como esa, después tuvo muchas más. Le ofrecieron mansiones soñadas para que se fuera a vivir en Miami, Porto Alegre, Punta del Este y otros lugares paradisíacos del planeta. Pero no. Elías siempre quiso volver a su amada Villa Alemana. “Solo una canción: Volver”, reza un verso del

poema que el *crack* villalemanino escribió seguramente en un momento de soledad, en medio de la vorágine en que a diario se veía inmiscuido por su condición de estrella del balompié mundial. Y quizá en esa línea poética esté la clave de ese intenso arraigo territorial que se aloja en su alma; o tal vez sea la mítica placa de cuarzo que se emplazaría bajo Villa Alemana la que lo atrae y hace retornar siempre a la comarca en que llegó siendo niño.

Y aquí está ahora. Aquí, en un café del Paseo Los Héroes -o paseo Latorre- de Villa Alemana. Dice que juntarse con sus viejos amigos a compartir un café cortado en el centro de esta comuna debe ser una de las cosas que más disfruta en la vida.

Se siente tranquilo, cómodo. Con su voz grave, amable e imponente, comenta: “Me acostumbré acá. Aquí conocí a mi señora. Éramos un grupo de amigos de la época; nos juntábamos siempre acá en el centro. Aquí mismo se hacían las fiestas de la primavera, o se celebraba el carnaval, cuando Latorre era calle en este tramo; la cerraban por ambos lados. Venían grupos musicales, y orquestas,... y nosotros, con los amigos, echándoles “el ojo a las chiquillas”, rememora, en medio de una sincera y contagiosa explosión de risa.

El sol de mediodía de fines de enero se hace sentir sobre las baldosas del paseo Latorre y Elías se reincorpora del irrisorio lapsus, mirando por un eterno par de segundos el reflejo de un rayo solar sobre la rambla, bajo los pasos azarosos de los transeúntes de siempre, con muchos de los cuales nuestro prócer deportivo ha estrechado más de alguna vez su mano.

Por eso le gusta este terruño. Porque acá se siente como en su hogar. Acá, la ciudad es la prolongación del patio de su casa. Y no es otra cosa que la práctica del habitar. Y la palabra habitar viene del latín *habitare* (tener frecuentemente). En otras palabras, el habitar nos habla de un profundo sentido de pertenencia a un lugar. Y Elías Figueroa sabe de eso. Sabe y lo practica, caminando libre y seguro por las calles de Villa Alemana.

Tenía 16 años cuando se unió en matrimonio con el amor de su vida, Marcela Küpffer, quien entonces tenía solo quince años. Y estando recién casado, Elías seguía disfrutando de esta ciudad como si fuera un niño. Y en realidad, aún lo era, y de seguro por eso es que, con matrimonio y todo, jugaba igual a las escondidas con su esposa y sus amigos del barrio.

En ésta, la misma calle Latorre, pero del otro lado de la línea férrea, hacia el sector norte, pasada la calle Asunción, al costado del estadio municipal Ítalo Composto y a los pies de la Cantera, Elías y Marcela disfrutaban los primeros días de un compromiso que mantienen vigente hasta el día de hoy y de cuyo amor nacieron sus dos hijos, Marcela y Ricardo, cuatro nietos y dos bisnietos. Quizá los siguientes versos, correspondientes a otro de los poemas escritos por Elías Figueroa, reflejen sus sentimientos por Marcela, la mujer de su vida.

“Qué tarde, ésta, la tarde
Que me envolvió en tu cintura
Los labios aún me arden
Pura tarde de locura
Gozamos de amores nuevos
De caricias repetidas
Nuestras pieles dialogaron
Son tardes que no se olvidan
Mordí tu cara de niña
Tú la espalda me besaste
Mientras la lluvia caía
¡Cuántas noches que me amaste!”

...

Al conversar con Elías Figueroa hoy, a sus 77 años, puedo asegurar que mantiene su contextura corpulenta, su metro 85 de estatura, su buen semblante y estado físico. Por eso es, que resulta difícil creer que el mejor defensa central de todos los tiempos del fútbol mundial haya sido hasta los siete años un niño enfermizo y demasiado frágil. No en vano tuvo que luchar entonces contra la difteria, que agredía sus amígdalas, paralizaba su cuerpo y le generaba serios problemas al miocardio. Resulta difícil creer que un deportista profesional de su talla haya tenido que darle la pelea

además a otras dos enfermedades tan graves, como el asma y la poliomielitis.

El propio Elías hace eco de aquellos recuerdos: “Cuando niño fui muy enfermizo. Corría un poquito y me daban ataques de tos. Tengo la marca en el cuello. Me hicieron una traqueotomía y en ese tiempo no eran como ahora. Era muy complicado. Recuerdo a mi mamá limpiando el tubo que tenía metido en el cuello para poder respirar... Por la poliomielitis dejé de caminar por más de un año; sencillamente no podía. En las noches, mientras todos estaban durmiendo, me levantaba en la cama y apoyaba mis piernas, aunque me daba cuenta de que no podía... Un día las apoyé no más y no sé qué pasó realmente, pero me sentí apoyado. Mi mamá me llevaba desayuno a la cama y cuando me vio de pie, casi se cayó de espalda... de ahí, nunca más paré”, relata Elías y su mirada parece perderse unos segundos en aquel intenso y emocionante recuerdo. Nació en Valparaíso el 25 de octubre de 1946. Cuatro años más tarde se vio obligado a abandonar el puerto principal. El clima porteño le hacía pésimo y agravaba el mal respiratorio que le aquejaba. Su médico tratante no lo dudó un solo segundo y conminó a sus padres, Gonzalo y Lidia, a que se mudaran a Villa Alemana con el pequeño Elías.

“Primero estuvimos en Quilpué y después nos vinimos a Villa Alemana por el clima”, rememora el destacado deportista; y también recuerda que antes de vivir en su histórica casa de calle Latorre, residió en Londres y París. Claro que no me refiero a las atractivas e históricas capitales europeas, sino a que a las dos calles villalemaninas que llevan esos nombres³.

³ Un singular dato topónimo de la comuna de Villa Alemana surge aquí, al hacer patentes los nombres Londres y París, correspondientes a las dos arterias viales en que residió Elías Figueroa durante su infancia. Los odónimos Londres y París pertenecen a un conjunto de nombres de calles paralelas entre sí que comparten el hecho de cruzar o ser cruzadas por otras tantas vías perpendiculares, tales como Latorre, Condell y Progreso y

Tras superar los duros escollos que la vida le había puesto en su camino, Elías comenzó a jugar fútbol en la calle con los amigos del barrio y al poco tiempo estaba ingresando al club Alto Florida de Quilpué.

Su talento con la pelota lo llevó con solo 15 años a ser aceptado en Wanderers de Valparaíso, club profesional donde le asignarían el puesto de defensa central que marcaría su carrera.

No alcanzaba aún a cumplir los 16 años cuando fue llamado a formar parte de la selección chilena juvenil de fútbol, oportunidad en la que le tocó marcar a los, entonces también jóvenes, astros brasileños Pelé, Garrincha y Didí. Luego se fue a préstamo a Unión La Calera y durante esa temporada surgiría su famoso apodo “Don Elías”⁴.

Tras su notable desempeño en el elenco cementero, volvió a vestir la casaquilla del Wanderers, ya convertido en una figura nacional, estatus que fue coronado con su nominación a la Selección Chilena para el Mundial de Inglaterra 1966.

En aquellos años el mercado futbolero brillaba más en América que en Europa y tras su performance mundialista, el club Peñarol de Uruguay lo fichó entre sus filas, consolidándose así, internacionalmente, como el crack que no podía evitar ser.

porque, además -y aquí radicaría la singularidad del asunto- dichos nombres hacen referencia a ciudades capitales de Europa y Sudamérica. De sur a norte, estas vías perpendiculares a Latorre, están emplazadas en el siguiente orden: Santiago, Buenos Aires, Berlín, Londres, París, Madrid, Viena, Roma, Lima, La Paz y Asunción.

⁴ El locutor radial Hernán Solís fue quien bautizó a Elías Figueroa como “Don Elías”, durante un triunfo de Unión La Calera ante Colo Colo por allá por el ’62 o ’63. Años más tarde, este apodo generó confusión en el medio futbolero brasileño, ya que muchos creyeron que el primer nombre del defensor chileno era “Don”. A continuación, un fragmento del relato de Solís: *“Estamos frente a un muchacho de 17 años que juega como un crack maduro. Desde hoy, yo no puedo más que llamarlo: Don, Don Elías Figueroa”*.

Después vendría su contrato en Brasil, con el Sport Club Internacional de Porto Alegre, equipo con el que se convertiría en campeón de Brasil y por el cual anotó aquel famoso “gol iluminado” en la final del campeonato brasileño en 1975. Fue un gol de cabeza que rayó en la perfección. Estadio repleto. El cielo completamente nublado. Figueroa se eleva para cabecear el esférico y justo en el instante del rechazo y el cabeceo se abrió un espacio de luz entre las nubes y un rayo de sol se posó sobre su cuerpo.

Tuvo que soportar los costos del éxito en Brasil, donde a un nivel mediático farandulero llegó a ser calificado como un sex symbol latino. Pero también, el singular episodio del gol iluminado lo catapultaría como una figura espiritual de culto en el seno de una idiosincrasia brasilera profundamente esotérica.

En lo futbolístico regresó a Chile para jugar en Palestino, se fue luego una temporada al Fort Lauderdale Strickers de Estados Unidos y finalizó su exitosa carrera en Colo Colo en el año 1983. Elías había terminado su trayectoria como futbolista, pero estaba lejos de acabar con sus pretensiones profesionales. Con 38 años en el cuerpo, Figueroa, dejando de lado los tres años que estudió la carrera de derecho en Brasil, cambió su curso y se tituló de periodista. Siguió jugando pichangas con sus amigos y ya en 2017 decidió regresar definitivamente a Villa Alemana, desde donde hoy continúa trabajando y pensando proyectos e iniciativas deportivas, comerciales y sociales, como la Corporación “Gol Iluminado”, a través de la cual, impulsó el Campeonato Nacional de Fútbol de los Pueblos Originarios, actividad que le valió el reconocimiento de la Fundación “*Peace and Sport*”, del Príncipe Alberto II de Mónaco. Don Elías vuelve otra vez la vista hacia el paseo Los Héroes, pero esta vez parece traspasar el vaivén de la rutina provinciana del centro villalemanino y piensa en los niños que asisten a sus escuelas de fútbol, en el trabajo que desarrolla con adultos mayores, en el gran centro deportivo y recreacional que impulsó en Valparaíso, en sus charlas de coach motivacional, en su aventura

empresarial en el mundo vitivinícola con la que ha llegado a producir vinos de exportación de los más altos estándares planetarios, en su paso por los medios de comunicación como periodista y en su calidad de Hijo Ilustre de la ciudad de Porto Alegre y Ciudadano Destacado de Villa Alemana, comuna, que tanto lo marca, en la que decidió venir a pasar sus años de júbilo y que siendo niño le ayudó a superar enfermedades tan graves que hacían imposible que alguien pensara que llegaría a ser el deportista que fue.

La parte final del poema que aparece al inicio de este texto parece en cierta medida explicar el profundo arraigo territorial que une a Elías Figueroa con su querida Villa Alemana...

“...Pero en mi mente solo una melodía
Solo una canción: Volver
Volver y mostrarles a mis hijos
Mi cordillera, mi mar, mi tierra
Esa querida tierra que me vio nacer
Quiero volver para arrojarme a mis padres
Y volver a vivir...”



REGANDO LA ESPERANZA
Jaime Cotroneo Lanzetta



Jaime de los Ángeles Cotroneo Lanzetta nació el 5 de diciembre de 1942 en el hospital Gustavo Fricke de Viña del Mar; pero la ciudad jardín sería su lugar de residencia solo hasta que cumpliera los ocho años, cuando su padre decide comprar un terreno en Villa Alemana, atraído principalmente por su bondadoso clima y la tranquilidad de su gente.

Aún recuerda Jaime aquellos días, al inicio de la década del cincuenta, en que junto a su familia llegaba a conquistar estas tierras. La familia, en pleno, se venía a vivir a la calle Palmira, muy cerca de la calle General Ibáñez, paralela a la línea del tren, a la altura del paradero 10 y a pocos metros de la histórica estación ferroviaria Rumié.

Y es que este hombre de 82 años recuerda su llegada a Villa Alemana con esa nostalgia que emociona. Sus ojos, de tono turquesa y mirada amable, se inundan de pronto con un par de tímidas lágrimas que parecen aflorarle desde el mismísimo corazón. Es la añoranza que arrastra su memoria, pero es una aflicción soportada en los buenos recuerdos, remembranzas de una infancia de tierra, arcilla, carros de sangre, trenes, cerros, esteros, sauces, espinos, quillayes, conejos, zorzales, golondrinas y sueños de un mundo mejor.

Seguramente lo lleva en sus genes. Son cromosomas de solidaridad y amor por el prójimo. Una actitud de vida que Jaime dice haber heredado de su padre, Ángel Cotroneo Penzabene, un exitoso transportista que, obnubilado por la belleza de esta comarca interior, no dudó un solo segundo en construir aquí la casa que compartiría con su amada esposa Edith Lanzetta Vale y sus hijos. “Éramos nueve hermanos; dos hombres y siete mujeres, una de ellas falleció”, comenta Jaime.

Al escuchar el apellido Cotroneo, todo villalemanino que se precie de tal lo relacionará de inmediato con la legendaria panadería Cotroneo del Paradero 7. Y claro, don Ángel y familia no solo eran abrazados por un territorio de clima benévolo y afable, sino que también bienvenidos por algunos familiares que llegaron mucho antes a este valle, para asentarse definitivamente y emprender su negocio. “Recuerdo que mi tío de la panadería ayudó mucho a mi papá y a nuestra familia cuando nos instalábamos acá”, rememora. Jaime describe el lugar al que llegaron como un sector con muy pocas viviendas, casi todas del tipo casa quinta, con variedad de árboles frutales y prolíficas parras de vid. Muchos ciruelos, nísperos, damascos, duraznos, almendros, castaños, nogales, caquis, granadas y los ya mencionados parrales de uva que parecían crecer como una bendita maleza.

Ahora, aquí, en su casa de la calle Sexta, se da el tiempo para echar un vistazo hacia atrás, en su propia historia, en la que la figura de su

padre resulta fundamental. “En mi historia de vida yo destaco a mi padre, porque él siempre ayudó al prójimo. Si había una familia que estaba necesitada, mi papá, de alguna manera, los ayudaba... A veces nos faltaban cosas a nosotros en la casa, pero él siempre ayudaba a los demás. Yo, siendo un niño, me daba cuenta de eso y creo que heredé de él esa forma de ser tan solidaria y desinteresada”, relata.

No tenía más de doce años cuando dedicaba gran parte del día a confeccionar juguetes de madera. Camiones, balancines, carretillas, eran parte de la producción inocente, espontánea, autodidacta y genuina. Le fascinaba dar forma a sus ocurrencias lúdicas, pero más que la vocación por esa incipiente artesanía, lo que realmente lo movía era esa inevitable necesidad de ayudar a los demás. Algunos de sus juguetes los vendía. La mayoría los regalaba a los niños de su sector y alrededores. Y cuando no tenía stock de regalos, les pedía alguno de sus juguetes a sus hermanas y los obsequiaba.

Estudió sus primeros años de escolaridad en un colegio público del sector de Forestal en Viña del Mar y al llegar a Villa Alemana ingresó al Colegio Alemán, prestigioso establecimiento educacional que entonces estaba emplazado a la altura del paradero 10, donde está en la actualidad el consultorio de salud de la Armada.

Lo cierto es que entró al Alemán, influenciado por sus primos de la panadería Cotroneo que estudiaban ahí, sin embargo cree que no fue una muy buena decisión. “Di bote en ese colegio. Era muy estricto. Así es que después entré al Colegio Italiano, donde hice toda la básica”, rememora este hombre, mientras coloca en el living de su casa un vinilo de música clásica, otra de sus pasiones.

Después entró al liceo A 38. Ahí estudió hasta tercero medio. Había decidido partir a probar suerte a Linares. Su plan resultaba perfecto. Lo recibirían sus tíos, se pondría a trabajar y sacaría allá su cuarto medio. “Hice mi enseñanza media y me puse a trabajar... no paré más”, cuenta.

Y claro, como alumno se autocalificó siempre como estudiante palomilla y uno más del montón y asegura que, principalmente porque veía que eran muchos hermanos, siempre le picó el bichito de buscar laburo, para colaborar en casa.

Se inició entonces en el mundo laboral, con menos de 20 años, manejando un camión tres cuartos de un amigo de su padre. Recorrió todos los cerros y rincones de Valparaíso, repartiendo mercadería. En esta tarea estuvo un año y medio, antes de ingresar a trabajar a la panadería Cotroneo, de sus familiares de Villa Alemana. Aprendió el oficio de panificador y se desempeñó también en atención de público y reparto de pan.

Tras su paso por la panadería, volvió al que parecía ser su destino laboral: el transporte. Se unió a la empresa de su padre y comenzó a conducir uno de sus camiones.

Jaime creía que iba haciendo bien las cosas, pero al mismo tiempo sentía una especie de vacío. Era esa necesidad de ayudar al prójimo la que tenía que cubrir. Él, además, sabía de la existencia de un grupo juvenil de acción social en su barrio, pero no había tenido la oportunidad de conocerlo más de cerca.

Fue entonces que el terremoto del 28 de marzo de 1965, que afectó en gran medida a la zona central de Chile, se convirtió en la ocasión propicia para ayudar a los afectados.

El grupo de acción social había decidido acudir en ayuda de los damnificados de la zona de San Felipe. Los voluntarios estaban listos. Faltaba el transporte para trasladarlos y llevar la ayuda. Contactaron a Jaime, él no lo dudó ni un solo segundo y puso el camión y su servicio de conducción a disposición de la causa. Nunca imaginó, eso sí, que esa situación terminaría marcando un momento crucial en su vida.

“Sabían que yo manejaba un camión. Me contactó un amigo, que pololeaba con una niña, una joven... cuando ella me vio en el camión se subió a la cabina y no se bajó más. Cuento corto: le quité

la polola a mi amigo”, relata Jaime, esbozando una sonrisa que mezcla picardía y nostalgia.

Afortunadamente su amigo comprendió la situación y nunca les guardó rencor. “Pololeamos y a los cuatro años decidimos casarnos”, agrega Jaime, haciendo un alto, como si quisiera realizar un homenaje a Mercedes, con quien estuvo casado hasta que su muerte los separó hace ya ocho años. Separación en cuerpo, jamás en alma, dice Jaime.

Cuatro hijas, cinco nietos y una bisnieta son su legado filial hasta ahora. Su otro legado, tal vez el que lo destaca aún más en sociedad, es el trabajo que desarrolló y que aun desarrolla en materia deportiva y vecinal.

Cotroneo, de origen italiano -de la zona de Calabria-, rememora el momento en que comenzó uno de sus más importantes proyectos

de vida: el Club Deportivo Italiano de Villa Alemana.

“Tenía a mis hijas estudiando en el Colegio Italiano. Un amigo, también apoderado del colegio, me planteó la idea de hacer un club de básquetbol. Yo le dije altiro que no tenía idea de ese deporte”, cuenta.

Su amigo tenía la solución: el hombre que hacía el aseo en el establecimiento educacional había sido basquetbolista profesional. “Le pedimos a él que nos ayudara a convocar a todos los alumnos del colegio que



jugaran básquetbol y que les interesara formar parte de un nuevo club”, agrega. “Mi amigo me ayudó durante un mes antes de dejarme solo con el proyecto deportivo en pañales. Así armamos el club deportivo italiano de Villa Alemana”, recuerda.

Y así se inició el periplo de una de las entidades deportivas más destacadas de la comuna, las que en muchas jornadas dominicales tuvo a sus equipos, de hombres, mujeres, adultos y niños, en distintas categorías, triunfando en el parqué del gimnasio Luis Cruz Martínez de Peña Blanca, o masticando el sabor de una derrota, pero siempre con el espíritu impoluto por haberlo dado todo en la competencia.

Las galerías del recinto techado se repletaban cada domingo y poco a poco el torneo local se fue quedando corto para las sanas ambiciones deportivas de Jaime Cotroneo y su club.

Salieron a la conquista de Viña del Mar e ingresaron como equipo del campeonato oficial de básquetbol de la ciudad jardín. Los resultados fueron más que auspiciosos, pero Cotroneo sabía que aún les faltaba el gran paso a las lides nacionales.

Fue así que, justo por esos días, la Federación de Básquetbol de Chile estaba organizando un campeonato nacional para conmemorar un nuevo aniversario.

El club deportivo italiano de Villa Alemana participó en la etapa de eliminatorias regionales y logró uno de los ocho cupos finales del certamen que se definiría en el gimnasio Nataniel en Santiago.

En el octagonal, los villalemaninos se enfrentaron a elencos de la talla de Universidad de Chile, Universidad Católica, Boston College, Petro de Antofagasta, Petrov de Punta Arenas, entre otros.

Fueron días inolvidables para Jaime. De mucho esfuerzo, mucho trabajo y gran satisfacción por lo logrado y aprendido. Volvieron a casa con un más que honroso sexto lugar a nivel nacional. “Para nosotros fue como ser campeones del mundo”, espetó.

Con la mochila cargada de experiencia, el club de Cotroneo y compañía entró al campeonato oficial de básquetbol de

Valparaíso, dejando también su huella en el torneo porteño, en el que aún participan.

Cosecharon triunfos y buenos resultados también a nivel internacional, tanto en encuentros organizados por el club en Villa Alemana, como también saliendo a jugar a Argentina y Uruguay.

Peruanas felices.

“Recuerdo. Voy saliendo de Peña Blanca, viajando en bus a Valparaíso, cuando de repente veo en un paradero cerca de Puente Negro a un grupo de niñas con uniformes de básquetbol. Me bajé de la micro y les pregunté de dónde venían. Me respondieron: “de Perú, invitadas por un equipo de Valparaíso”. El problema era que el club porteño finalmente no las pudo recibir. Les dijeron que se fueran para Villa Alemana, donde supuestamente las iba a recibir un conocido profesor de básquetbol local. Cuento corto: tampoco podía recibirlas. Yo pensé: ‘no las puedo dejar botadas’; así es que hablé con una apoderada del club, para solicitar hospedaje para las deportistas. Me hizo llevarle a la delegación completa. Eran 15 personas y otros apoderados cooperaron con alimentos para las basquetbolistas peruanas, las que terminaron quedándose cinco días, participando activamente en partidos amistosos contra exponentes locales del baloncesto. Se fueron felices y agradecidas”.

...

Ahora, Jaime Cotroneo camina sobre el bien cuidado césped de su casa, la misma en la que ha residido desde inicios de los setenta, para salir a la calle Sexta y seguir hasta un terreno casi baldío, ubicado justo a un costado de la línea férrea a la altura de la antigua estación Sargento Aldea.

Con el pecho inflado de orgullo, Jaime comenta que los árboles del lugar los plantó él con sus propias manos. Después observa el

estanque de agua que consiguiera meses atrás para regar y que ahora está completamente vacío, seco. Acarrea en baldes agua potable de su casa y tras caminar unos 500 metros deja caer el vital elemento en la taza del arbolito que el mismo hizo y así repite la operación las veces que le permite su energía de adulto mayor de 82 años. Y aunque su idea de crear en dicho terreno un parque de árboles endémicos de la zona, pareciera deshidratarse hasta el olvido, Jaime Cotroneo asegura que no bajará los brazos, e igual como lo hiciera en su exitosa trayectoria como dirigente deportivo, no cejará ni un segundo en cumplir lo que de alguna u otra manera le heredó su padre, esa solidaridad para con los demás, y que se transformó en una misión de vida, que Jaime Cortoneo se niega a dar por cumplida. “Falta mucho que hacer”, concluye. Se agacha. Toca la tierra que rodea el pequeño tronco de un sediento plantín de quillay y sentencia: “así como vamos, todos estos arbolitos van a morir”. Vuelve a casa con su balde para volver a cargarlo con agua y regar lo último que se pierde: la esperanza.



“MUTANCIA” VILLALEMANINA
Claudio Barrera Guerra
“Venom”



Venom está sentado en un sillón ochentero tapizado en felpa de tono terracota, en un living al aire libre, bajo la sombra de los enormes y añosos pinos del patio de la casa de Juaco -Joaquín Pérez Canales⁵- lugar emblemático de la Villa Alemana “mutante”, conocido como La Micro, en alusión al microbús de recorrido intercomunal que, ya retirado de circulación, encontró allí su estacionamiento final, su última morada, y que en los años

⁵ Es uno de los fundadores espontáneos de la Mutancia villalemanina. Dueño de la propiedad en que durante fines de los noventa funcionó “La Micro”, escenario de legendarias tocatas rockeras, del *underground* y todo aquello que huele a contracultura

noventa, conforme se iban oxidando sus piezas mecánicas y carrocería de lata, fue literalmente el escenario de innumerables recitales rockeros que dejaron una huella indeleble en la faz territorial local y, por qué no decirlo, en la historia musical nacional. Para nada es caprichosa la referencia a La Micro como una forma de iniciar este relato sobre Claudio Barrera Guerra, Venom o Cabezón Venom. Porque, precisamente en este lugar -acá en calle Ignacio Carrera Pinto, entre Lima y La Paz- es donde Venom ha

pasado gran parte de su existencia, como productor de algún recital, visitando a su amigo Juaco o derechamente encabezando gloriosos carretes de esos en los que se solía terminar "bailando como mono", tal como reza el tema de Lafloripondio.

"La Micro sirvió para hacer ruido, fue un refugio, pa'l invierno; el Juaco nos prestó un alargador y se perpetuó la invitación", cuenta Venom.



Hijo de Ignacio y Eva, electricista y dueña de casa, respectivamente, el Cabezón Venom se define como un villalemanino de tomo y lomo. "Más de tomo que de lomo", comenta en tono satírico y agrega: "Y eso que nací en Quilpué", aludiendo a que muchos seres de la ciudad de los molinos tuvieron que ir a nacer al Hospital de Quilpué, ya que el nosocomio local no contaba con el servicio de Maternidad. "El karma que arrastran varios villalemaninos: nacer

en Quilpué", sentencia, entre risas y justo antes de destapar con un encendedor Ronson una botella de cerveza de litro que guardaba en su mochila y que aún permanecía muy fría. Al menos así lo evidenciaba lo empañado que estaba el vidrio marrón del envase del fermentado de cebada que con tanto entusiasmo se sirvió este "personaje" "vivo" del gran relato territorial que somos.

Mutante: intentando una definición.

"Los mutantes villalemaninos no son monstruos, seres grotescos, ni personas con malformaciones genéticas. Son más bien una generación, o parte de una generación, que se identifica con cierto movimiento musical surgido espontáneamente en Villa Alemana a fines de los ochenta. Venom cuenta que el concepto Mutancia lo acuñó, en esos años, el Chubaca, un metalero, leyenda viviente de ese *thrash* marginal que se ramificó en el pueblo en la segunda mitad de los ochenta, pese a la represión militar y policial que, a la usanza provinciana, seguía igual violando los derechos humanos. Todavía recuerda Venom a los ratis que se movían en un Chevrolet Opala gris y que lo perseguían de puro gusto.

La Mutancia villalemanina tiene mucho de delirio, de relato esquizoide, de locura colectiva.

Hoy, muchos miembros espontáneos de este movimiento contracultural provinciano de origen ochentero, perviven en ese territorio limítrofe, arraigados en lo que se ha dado en llamar *underground*. La integran los que ahora tienen entre 40 y 60 años. Los une el hecho de seguir viviendo en este pueblito interior y verse las caras frecuentemente en el centro de la comuna, la pasión por el precario rock local, el desenfreno general. Se caracterizan además por un chovinismo extremo, respecto de la comarca que habitan, Villa Alemana, pequeña ciudad supuestamente emplazada sobre una colosal roca de cuarzo, la que actuaría como un energético imán de extraños personajes marginales, que tienden a ubicarse en el terreno de la locura y que conviven a diario con los

otros habitantes, los cuerdos, los villalemaninos supuestamente normales. Hablan siempre de Elías Figueroa, villalemanino considerado el mejor defensa central de la historia del fútbol mundial. Mejor que Beckenbauer y tres años seguidos distinguido como el mejor jugador de América, temporadas en las que Pelé también jugaba en América; o sea, tres años mejor que Pelé. Algunos aseguran que en el pueblo hay una de las pocas réplicas del automóvil de los Dukes de Hazzard, que el pintor Paul Gauguin caminó por suelo villalemanino a fines del siglo XIX y que Charles Darwin descansó un par de días en este terruño, antes de seguir trayecto hacia el cerro La Campana, en tiempos en que elaboraba su teoría de la evolución. También dicen que su clima posee poder sanatorio para la tuberculosis, el asma y otras enfermedades respiratorias. Que el tenista chileno Marcelo Ríos, que llegó a ser número uno del mundo, entrenaba cuando niño en las canchas del estadio Municipal Ítalo Composto y que sus primeras enseñanzas deportivas las recibió del villalemanino Nano Zuleta, quien además sería fundamental en la formación de Fernando González y Nicolás Massú, medallistas olímpicos dorados. De Villa Alemana son también: el sismólogo Carlos Muñoz Ferrada, que predijo el terremoto del 3 de marzo de 1985 y el de Chillán en 1939; el Choro Navia, seleccionado nacional de fútbol; Enzo Cesáreo, campeón panamericano de ciclismo; el guatón de Lost; Michelle Adams, meteoróloga de matinal de televisión abierta; Juan Luis Martínez, enigmático poeta, pieza clave en la historia literaria chilena; Andrés Pérez, creador del Gran Circo Teatro y director de la obra La Negra Ester; Miguel Ángel, el supuesto vidente que se contactaba con la Virgen María en el Monte Carmelo de Peña Blanca y que años después pasó a llamarse Karol Romanoff; Marlén Olivari, figura destacada de la farándula televisiva criolla; Lafloripondio y Chico Trujillo, exitosas bandas musicales chilenas lideradas por el Macha, también villalemanino; el Chino del trío humorístico Los Atletas de

la Risa; el pintor Camilo Mori; el Tiburón Ramos, Camilo Benzi, Jorge Puntarelli y Sebastián de Patioplum"⁶.

Existen varias teorías respecto del origen del concepto mutancia, por cierto en el sentido villalemaníaco de la palabra. Sin embargo, Venom dice tener la certeza absoluta de aquello. "Yo tengo claro de dónde viene lo de mutante", asegura Cabezón Venom.

Resulta que los *thrashers* que se reunían a diario en el ala norte del paseo Latorre -al lado del kiosco del Ñato o en el frontis de lael Modas y/o la Casa Paulina- comenzaron a usar la palabra mutante para referirse a los vagabundos, indigentes, alcohólicos que ya en ese entonces formaban parte del paisaje urbano. "Recuerdo que con mi amigo Álex Chubaca decíamos: "¡mira, los hue'ones mutantes!".

Con el paso del tiempo el término mutante pareció radicalizarse y los chascones vestidos de negro comenzaron a llamar mutante a todo quien no tuviera afinidad con el género musical que ellos escuchaban, con gusto fundamentalista. "De ahí la cosa se traspapeló y nosotros terminamos siendo los mutantes, o sea, para el resto éramos nosotros los mutantes", explica Venom.

"Era una cosa así muy como de post guerra nuclear. Además, no éramos muy hermosos que digamos y la pilsen también hace estragos", concluye.

"La mayoría de los actuales mutantes villalemaninos -los sobrevivientes, los mutantes resilientes, los que como un ladrillo refractario y pese al paso de los años han mantenido el calor de la rebeldía, la dureza del callo rockero provinciano, la borrachera revolucionaria- son considerados unos parias, son los que se quedaron pegados, los que tienen cocido el hígado, los que escuchan *thrash* metal... Son los que se juntan a organizar eventos

⁶ De la novela "Crónico policial", Rafael Sarmiento, Ediciones Barrancas, 2022, Villa Alemana, Chile.

artísticos o culturales, pegando afiches fotocopiados en los postes del tendido eléctrico, tocatas rockeras pasadas a pipeño de bidón plástico, cerveza Báltica con sabor a cuesco de aceituna y marihuana raspa garganta cargada a la trilla.

Todos guardan un potente orgullo por lo que consideran un legado histórico. La mística del Festival del Fin del Mundo, las imágenes del Loco Álex aspirando neoprén afuera de la panadería San Lorenzo, la banda Villa

Alemana Rock rodando un videoclip en La Cantero con cámara VHS, las primeras tribus urbanas abriéndose paso en el paseo Latorre, el Juaco joven, luciendo su rubia y brillante cabellera, volado como chanco de Pink Floyd, colgando de los hombros del busto del Bernardo O'Higgins de la plaza, du-

rante un concierto de Los Parkinson en la fiesta de aniversario de la comuna; el tren llegando a la estación repleto de chascones vestidos de negro, el Venom adolescente, organizando las primeras tocatas *thrash*-metal de las que se tenga recuerdo en Chile.

Varios de aquella señora Mutancia villalemanina pasaron de largo y hoy están bajo tierra o formando parte de alguna patrulla de indigentes alcohólicos, pidiendo monedas en las calles para comprar un "picotón" o "ampolleta", botellín de licor venenoso que quema esófago. Otros se aferraron a la música e integran alguna de las bandas que siguen tocando en encuentros amateur en sedes de juntas vecinales, clubes deportivos, centros culturales, canchas de tierra, patios, plazas, bares o donde se pueda. Así intentan validarse. Otros estudiaron y sacaron una profesión, pero no ejercen o si lo hacen es de forma esporádica. Otros se han mantenido gracias a herencias familiares o trabajando en la construcción. Varios se han visto obligados a seguir tratamientos por alcoholismo o adicción a drogas, otros se creen escritores o poetas, gestores culturales o políticos con vocación de servicio.

Algunos salieron del país y siguieron haciéndose pebre el hígado en el viejo continente o en Estados Unidos"⁷.

"Yo no trabajo; me pagan por hacer lo que me gusta", dice Venom. Y claro, otra de sus grandes pasiones es el arte visual, la plástica; y pese a que se le conoce más por sus trabajos de pintura publicitaria -vehículos, rotulación de logotipos, fachadas de locales comerciales y empresas- este metalero clásico que ya camina en su cincuentena, ha pintado muchos murales en la región y otras partes del país, además de una producción de dibujos y trabajos en distintas técnicas, que aún permanecen en el plano privado. Pero tal vez la faceta que más lo ha hecho conocido, incluso por fuera de las fronteras de nuestra región, es su labor de productor de eventos musicales, rockeros, metaleros y afines. De hecho, fue uno de los que lideró a fines de los ochenta el icónico Festival Necrometal de Villa Alemana, que resultó ser uno de los más potentes en su especie en la historia musical criolla. El germen de esta mística surgió espontáneamente unos años antes, tal vez en 1986 o 1987, cuando entonces Claudio tenía unos 17 años. "Nos topamos con un movimiento musical que estaba naciendo en Estados Unidos y nosotros éramos adictos al *thrash metal*", relata Venom. Son años en que comienzan a vislumbrarse los primeros destellos de luz al fondo del oscuro túnel de la dictadura de Pinochet y cierta apertura económica internacional ponía al descubierto en Chile y, aún más en una comuna de provincia como Villa Alemana, una dramática brecha social entre ricos y pobres, dejando a una clase media a su vez polarizada entre el tonito burgués de unos y social de otros.

⁷ De la novela "Crónico policial", Rafael Sarmiento, Ediciones Barrancas, 2022, Villa Alemana, Chile.

Eran constantes las juntas de metaleros, *thrashers*, chascones con casacas de cuero negro, pantalones ajustadísimos a las piernas. Estamos hablando de ese tiempo en que el paseo Latorre o Los Héroes, se llenaba de jóvenes durante las noches de viernes y sábados, dejando entrever las primeras e incipientes tribus urbanas.

"Fue una actitud no solo de adolescencia, sino que traspasó los límites y se transformó en una forma de vida", agrega.

Festival Necrometal.

A Venom le llegaban noticias a través de amigos respecto de que en Santiago se estaban haciendo tocatas y festivales *thrash* metal. "En el Manuel Plaza, se hacía el Sudamerican... Metal. En Santiago. Mi amigo Yanco Tolic, de Massacre, nos ayudó vía teléfono", agrega Venom.

Fue entonces que tomaron la idea y se impusieron el reto de hacer un festival necrometal en Villa Alemana. Tenían, eso sí, solo las ganas. No sabían de sonido, amplificación, ni menos de la técnica para el montaje y funcionamiento de un escenario. "El primero que nos dio una mano fue Sergio Schiapacassi, Chapita, del grupo de cumbia Los Tammer's. Él nos dirigió un poco, nos enseñó a usar los equipos. Nadie de nosotros sabía lo que era un amplificador de bajo. La tecnología tampoco estaba tan desarrollada y democratizada como ahora y en dictadura era muy complicado hacer arte", reflexiona Cabezón Venom.

"Éramos un movimiento contestatario, en contra de la Dictadura y contracultural, por supuesto. Mostrábamos señas de que estábamos en contra de esa represión, que acá se manifestaba con eso de la detención por sospecha... Recuerdo haber sido detenido dos veces en un día por sospecha. Eso estaba a criterio de los pacos. Era común caer detenido en ese tiempo. Nos encerraban horas en calabosos policiales y además teníamos que pagar una multa para poder salir", recuerda.

Venom en cinco frases.

"Siempre fue la música lo que nos juntó, pero también el carrete".

"Somos hijos de la Dictadura. No había que tomarse la vida tan en serio".

"De los músicos villalemaninos destaco a: Santiago Veloso, Tuto Vargas, Aldo Asenjo, los hermanos Sarmiento, el Miño de Sonora y los hermanos Demuth".

"La Micro: una parcela en medio de la ciudad, un símbolo de resistencia, una resistencia campesina en medio del desarrollo inmobiliario, la mafia inmobiliaria".

"En el liceo me pusieron Venom, porque yo era fanático de la banda Venom".



UNA DAMA MULTICOLOR
Myrtha Ricci Padilla



Myrtha Ricci Padilla llegó a Villa Alemana hace 48 años, estando casada y con dos hijos -Claudio y Marcela-, los que en la actualidad ya son profesionales y la han convertido en abuelita chocha de cuatro nietos.

Hija de Juan Ricci Vignolo y Auristela Padilla, Mirtha recuerda que antes de venirse definitivamente a la ciudad de los molinos, solía ir a vacacionar en familia a Olmué, pero siempre pasaba a Villa Alemana. Algo, no sabía qué, tal vez su clima, le atraía de esta ciudad interior.

Aquí no solo vino para disfrutar de los bellos paisajes de la comarca emplazada supuestamente sobre una gran placa de cuarzo, responsable de que, como reza uno de sus eslogans más conocidos



“...la vejez vive en eterna juventud”. Vino, principalmente a dejar una huella de solidaridad, de vocación social, de amor por el prójimo... Es Presidenta del Voluntariado Damas de Amarillo del Hospital Juana Ross de Edwards de Peña Blanca, es primera directora del Consejo Consultivo del mismo recinto médico y además preside el Consejo de Desarrollo del nosocomio. “Este hospital es como mi segunda casa”, señala

Myrtha, y aclara: “En el Consejo Consultivo participan representantes de Carbineros, Cruz Roja, juntas de vecinos y otras instituciones del ámbito social, además de, por supuesto, el propio hospital”.

La labor de las Damas de Amarillo no es solo una simbólica tradición benefactora, sino que se ha convertido en una parte fundamental en el proceso de atención hospitalaria, no solo enfocada en cada uno de los pacientes internados, sino que también en los familiares de quienes están afectado de salud. “Entregamos útiles de aseo a los pacientes que lo requieran y en especial hacemos entrega de pañales para adultos mayores, personas con discapacidad y si el caso lo amerita también para bebés. Somos además un vaso comunicante entre el hospital y los familiares de los pacientes enfermos”, comenta.

Myrtha se confiesa como una agradecida de la vida. Es católica y dice que Dios le ha dado la vitalidad, la energía y buen confort. Claro que, para llegar a ese equilibrio de tranquilidad, tuvo que superar tres profundas penas que han calado su alma: la muerte, primero, de sus padres, y después la de su marido.

Esta incansable mujer, no solo encausa sus esfuerzos de trabajo social en la institución conocida por la vestimenta amarilla de sus voluntarias, también lo hace a través del Comité de Damas Italianas, del Estadio Italiano, al que pertenece.

Y aquí, Myrtha se detiene para explicar la importancia de estas acciones: “Estamos trabajando de manera especial con el hogar de niñas adolescentes. Dentro del mismo Hospital de Peña Blanca hay un centro de tratamiento y rehabilitación de alcohol y drogas. El espacio tiene capacidad para 22 internas y casi siempre está a tope. El asunto es que las jóvenes mujeres que están en rehabilitación no pueden tener visitas, pero yo me las arreglo para visitarlas con cierta frecuencia y llevarles algún presente o incentivo para que continúen de buena manera sus tratamientos y procesos de rehabilitación”.

Tanto le han conmovido algunos casos en particular, de muchachas jóvenes adictas a las drogas, con hijos y muchas veces con recién nacidos, que más de alguna vez se ha visto involucrada mucho más de cerca con alguna de estas jóvenes internadas, siguiéndoles la pista cuando ya han sido dadas de alta, para seguir apoyándolas. Con las damas italianas se han preocupado precisamente de aportar con contención emocional, ropa y alimento, en especial para las madres adolescentes de este centro que, de acuerdo a los protocolos de tratamiento, pueden estar con sus hijos o hijas bebés hasta que cumplan dos años.

En el mejor de los casos, las jóvenes deben cumplir cinco meses internadas y si han mantenido buena conducta y el equipo de psicología y neurología les evalúa bien, les permiten salidas a sus hogares durante los fines de semana. “Salen del centro los sábados

en la mañana y deben regresar los domingo en la tarde. Son los casos en que uno puede sentir esa gratificación del deber cumplido”, expresa.

Sala de Oración.

Conforme a su fe católica, Myrtha sentía que al hospital le faltaba un componente que trascendiera lo meramente científico y pudiera otorgar en momentos de enfermedad, dolor y tristeza, una pequeña luz de esperanza o un contenedor abrazo de resignación y conformidad.

Estuvo mucho tiempo intentando generar una Sala de Oración al interior del hospital de Peña Blanca, hasta que consiguió que le destinaran una parte de la sala de depósitos, llamada también en otros nosocomios como sala de anatomía patológica y conocida popularmente como morgue.

Fueron ocho los proyectos que postuló Myrtha, con el apoyo del Consejo de Desarrollo, para lograr los recursos necesarios para habilitar el espacio y la infraestructura de lo que finalmente se convirtió en la Sala de Oración del recinto médico.

Cámara de Comercio.

La querida dama de amarillo no agota ahí su trabajo por la comunidad, sino que también tiene una extensa trayectoria dirigencial a nivel de comercio detallista local. Lleva alrededor de 21 años en la cúpula directiva de la Cámara de Comercio de Villa Alemana, donde se ha desempeñado principalmente en los cargos de secretaria, directora y relacionadora pública.

En esta faceta, Myrtha no deja de mantener su mirada social y labor comunitaria. De hecho, cuenta que una de las principales actividades de beneficio que como entidad realizan todos los años es el apoyo al colegio Diego Portales. “Tres veces al año vamos al colegio para entregar alguna ayuda pensada siempre en mejorar la

educación de los estudiantes. Y a final de año, en las licenciaturas, distinguimos y premiamos a tres alumnos que el colegio define como el de mejor rendimiento, el de mejor asistencia y un premio especial al esfuerzo”, comenta Myrtha.

A través de la Cámara de Comercio local se ha establecido también colaboración constante a la iglesia católica y a Carabineros. “En tiempos de elecciones, por ejemplo, colocamos puntos de colación para el personal de Carabineros que está en terreno”, comenta. Myrtha recuerda que ingresó a las lides del comercio local, debido a que su esposo era comerciante y tras su fallecimiento, tuvo que asumir sus negocios, principalmente de imprenta y litografía, en Villa Alemana y Valparaíso. Claro que, tras un breve tiempo, decidió cerrar definitivamente los locales, entre los que se destacaba el de calle Santiago, en pleno centro de la comuna de los molinos.

“Como la cámara de comercio se abrió también al rubro transporte y yo tenía la necesidad de explorar un nuevo rubro, compré vehículos para taxis y colectivos. Por eso seguí en la cámara y de secretaria he ido derivando hacia todas las acciones que tengan que ver con las comunicaciones y las relaciones públicas”, comenta.

“Cuando enviudé, mis hermanos me dijeron que me fuera a vivir a Viña del Mar, que allá iba a estar mejor. Y yo pensé y les dije: ‘ahí sí que me muero, ¡qué voy a hacer yo en Viña! Me gusta mucho Viña, el sector donde viven es hermoso, ahí en 7 Norte con San Martín o en Gregorio Marañón... pero ese no es mi mundo, mi mundo está acá en Villa Alemana’. En el hospital me siento parte de la familia hospitalaria. Hemos recibido mucho reconocimiento, lo que nos incentiva a seguir trabajando por nuestra comunidad. Agradezco a mi familia por el constante apoyo y comprensión para continuar trabajando en estas instituciones a las que pertenezco. Y no puedo dejar de agradecer a alcaldes y concejales por asignar una subvención anual al Voluntariado Damas de Amarillo, en beneficio de los pacientes hospitalizados”, concluye Myrtha Ricci, quien además es directora de la Corporación Municipal de Salud y

Educación desde el año 2000 a la fecha y fue nombrada el 10 de noviembre del mismo año Hija Ilustre de Villa Alemana.



MECÁNICO CON ALMA DE ARTISTA
Hernán Massiani Rodríguez



Hernán Massiani conduce su joyita Ford 29. Baja por calle Maturana y aprovecha la flecha verde del semáforo para virar al poniente por la avenida Valparaíso, en el corazón de Villa Alemana. Los transeúntes se detienen a contemplar este modelito armado por Massiani con piezas originales recicladas y personalizado estilosamente con algunos detalles estéticos y funcionales que le otorgan a la “burrita” un atractivo irresistible no solo para los amantes de los automóviles clásicos y las tuercas, sino que también al público en general.

Hernán responde a la atención de la gente con un par de bocinazos y surgen espontáneos aplausos, vítores y saludos. Es el fruto de años de trabajo, que ahora este hombre, de profesión técnico mecánico en combustión interna, disfruta y comparte con la

comunidad de Villa Alemana, ciudad en la que decidió quedarse para siempre.

Hijo de Gastón y Gladys, nació en 1951 en Valparaíso. Su infancia no le trae muy buenos recuerdos. “Mi papá fue desertor de la Segunda Guerra Mundial. Siempre tuvo una gran frustración y cayó en el trago. Fue muy irresponsable como padre. Lo único que hizo bien fue haberme ido a dejar a un lugar donde había comida y techo. Todo eso me hizo ser muy fuerte, hacerme hombre desde muy niño. Recuerdo que me fui a un lugar de Viña del Mar donde había muchos camiones. Allí me encontró un hombre que resultó ser dueño de un taller mecánico y jefe del Garage O’Higgins, que funcionaba debajo del hotel del mismo nombre. Me quedé ahí haciendo lo que se me pedía y aprendiendo todo lo que se me enseñaba. Tenía que limpiar, ordenar, preparar las herramientas, saberme los nombres de los repuestos, hasta aprendí a manejar. Finalmente me dejaron como junior del Garage O’Higgins y estuve ahí muchos años”, recuerda Hernán, mientras sigue manejando su Ford 29, ahora por la calle Santiago, haciendo sonar otra vez el claxon, como anunciado el arribo del clásico vehículo al Paseo Los Héroes, o Latorre.

Poco a poco se fue abriendo camino en la vida y en ese proceso resultó fundamental la solidaridad del dueño del garage que funcionaba en el subterráneo del histórico hotel viñamarino. Hernán agradece hasta el día de hoy la oportunidad que le dio para contar con techo, trabajo y educación, en tiempos en que perfectamente podría haber sucumbido al lado oscuro de la vida. Sacó sus estudios de básica y media en la escuela Normal de Viña del Mar, en el sistema de nivelación dos por uno, y más tarde estudió técnico mecánico en combustión interna en Valparaíso, donde años después obtuvo el título profesional. Trabajó un tiempo de forma independiente y más tarde como mecánico en la Corporación Nacional Forestal, CONAF, de la Región de Valparaíso.

“El año ‘73 me convertí al evangelio. Ya había formado un hogar y tenía a mi hija mayor; después tuve dos hijos más; y por temas familiares me fui al sur, específicamente a Concepción. Allá entré al Centro Nacional de Capacitación Forestal y me tocó capacitar en materia mecánica a brigadistas y después a gente del Ejército y a personal de industrias”, relata.

Su vínculo con Villa Alemana se lo debe principalmente a una casualidad, ya que fue un aviso publicitario sobre la venta de un auto Ford Mustang, el que lo atrajo hasta la calle Bulnes, en el sector sur de la ciudad de los molinos.

Hernán se había separado de su esposa hacía ya cuatro años y nunca imaginó que tras la puerta que estaba tocando aparecería otra vez el amor. La mujer que vendía el modelo clásico setentero tampoco esperaba ni buscaba una nueva pareja, pese a que había enviudado poco tiempo atrás. Pero, cosas del destino, se conocieron como partes de un proceso de compra y venta de un auto y se quedaron juntos hasta el día de hoy.

“Me acuerdo de que revisé el auto y le ofrecí arreglarlo; le hice mantención, y empecé a repararlo íntegramente. En ese proceso empezamos a tener más confianza y como ella no sabía manejar y el Ford Mustang yo lo tenía listo, me pidió como favor que la sacara a pasear con una sobrina que venía a visitarla... Fue el inicio de una hermosa relación. Ahora somos uno. Ella me brinda mucho apoyo y yo la apoyo a ella también”, cuenta Hernán, al borde de la emoción. Gabriela López es el nombre de la mujer que, de alguna u otra manera, apareció en la vida de Hernán para darle ese empujón que necesitaba para continuar trabajando en lo que más le apasiona: esa maravillosa fusión de mecánica y arte, en el sentido estético del diseño automotriz y en el de la impronta performática de sus clásicos rodados.

Fue así que Massiani, con la venia de Gabriela, literalmente se tomó parte del espacio de la casa que hoy comparten, ahí en la calle Bulnes, entre Cumming y Maturana. Tanto así que, para instalar su

taller, Hernán tuvo que primero arrasar con algunos árboles frutales, una enorme parra e incluso el jardín.

Ahora, el lugar muestra un muy bien cuidado espacio de trabajo, en el que se pueden apreciar chasis y carrocerías de vehículos antiguos y un par de jóvenes ayudantes que pintan acuciosamente algunas piezas correspondientes a los modelos en los que por estos días se ocupa Hernán.

Pero su caballito de batalla espera tranquilo y silente, aparcado en la calle enfrente del taller. El Ford 29, totalmente afinado mecánicamente y con detalles pensados para darle al automóvil un sentido turístico y cultural lleva ya diez años funcionando y ha trasladado a los novios de más de cien matrimonios celebrados en Villa Alemana, la región y el país.

“Yo estoy pensando ahora en consolidar mi empresa. Esto es una atracción turística, sin duda”, expresa Hernán.

Y es que su joyita no solo ha sido requerida por programas de televisión chilena, como la teleserie del canal Megavisión “Papá a la deriva”, en la que el pintoresco automóvil fue pieza clave en el rodaje del último capítulo, sino que también fue invitado a un prestigioso evento de autos antiguos en Córdoba, Argentina, en el que Hernán y su Ford 29, sencillamente la rompieron.

Su trabajo ha sido valorado también por el cónsul de México, quien visitó a Massiani en su propia casa y se rindió a los pies del talento de este hijo putativo de Villa Alemana, así como lo hiciera también el jurado de un concurso de automóviles clásicos en Grecia, que le otorgó un importante premio por la restauración de un Ford Roadster que le había encargado su hermano radicado en el país europeo.

El Ford 29 y la novia triste.

Hernán Massiani va camino a Quilpué en el Ford 29 que tantas alegrías y satisfacciones le ha dado. Va en busca de una novia que esa misma tarde contraería el sagrado vínculo con el amor de su vida.



Una vez afuera del edificio en el que vivía la futura esposa y tras dar aviso de su llegada, Hernán se miró en el espejo retrovisor, acomodó su corbata, retocó un poco su sencillo peinado con las manos y comenzó a esperar.

Estaba acostumbrado a esa especie de tradición de hacerse esperar por parte de las novias, pero esta vez el retraso superaba con creces lo acostumbrado. Por eso y porque para Hernán era crucial cumplir con la misión encomendada, bajó de la burrita y subió hasta el tercer piso del block de departamentos para ir en busca de su cliente.

Golpeó varias veces la puerta antes de que la novia le abriera. Era una jovencita perfectamente vestida con un traje blanco de seda y encajes, con incrustaciones de perlas brillantes, que contrastaban con lo opaco de su mirada y un reciente llanto que había causado estragos en su maquillaje.

- ¿Qué le pasa señorita? ¿Qué problema tiene? ¿Puedo ayudarla? Vengo a buscarla para llevarla a la iglesia.

- No me pasa nada. Por favor váyase, porque no me voy a casar.

- No pues. Usted se casa hoy, su novio la espera y yo debo cumplir mi contrato de trasladarla.

Hernán logró contenerla unos instantes, entró y le ofreció un vaso de agua. La novia se tranquilizó y le contó que hace muy poco sus padres se habían separado y que cada uno tenía su nueva pareja. Su papá no quería encontrarse con su exmujer que debía estar con la novia, a quien prepararon, vistieron y maquillaron, pero finalmente dejaron sola en su departamento. Se suponía que su padre iría a buscarla para llevarla a la iglesia, pero eso no sucedió. Así es que Hernán, fiel al imperativo categórico de cumplir con su misión, logró convencer a la novia de que él podía llevarla hasta el lugar del evento. Y así fue. La novia entró del brazo de Hernán Massiani a la iglesia donde su novio, el pastor, los familiares e invitados la esperaban. La fiesta fue en el Jardín Botánico de Viña del Mar y al terminar las celebraciones los novios ya casados y cansados se fueron a casa en el Ford 29 conducido por Hernán Massiani.



EL ALMA DEL GLORIOSO “JORGE TORO”
Rurich Vega Valderrama



Quando Rurich Vega Valderrama llegó a lo que hoy es la población Marga Marga de Villa Alemana, el sector era eminentemente rural, salvo por las tomas de terreno en que muchas personas estaban construyendo sus casas. Hijo de Rurich Vega Bustamante y Rafira Valderama Rodríguez, Rurich nació el 23 de octubre de 1949 en el hospital Gustavo Fricke de Viña del Mar y llegó a la comuna de los molinos en 1970, cuando ya había cumplido los 21 años. Se casó en 1969 y fue su madre quien le aconsejó que se viniera a vivir a Villa Alemana, a una toma que se llamaba Rosenquist en el sector sur de la comuna. “Aquí eran puros pastizales y viñas e incluso había una casa patronal. Llegamos con mi mujer y nos

instalamos en una mediagua. Desde un principio nos gustó el lugar, hermosos paisajes, buen clima y buena gente”, comenta Rurich en el living de su casa.

Sin proponérselo, se vio de pronto viajando por su memoria y en esta evocación casi espontánea, comenzaron a aflorar recuerdos, como aquel de cuando recorría el Barrio Norte de Villa Alemana en busca de algún trabajo esporádico. Y como había muchas casas quintas, con pozo y molino de viento, comenzó ofreciendo sacar el pasto, desmalezar terrenos, jardinear, regar árboles frutales, etc.



Fue en esas andanzas cuando conoció a la familia de Elías Figueroa, el gran futbolista villalemanino considerado el mejor defensa central del fútbol del mundo de todos los tiempos. En la casa de los Figueroa Brander, Rurich hacía trabajos periódicamente, ganándose así parte del sustento diario. Rurich se dio cuenta de que para mejorar la calidad de vida de su familia no bastaba con salir en busca de

empleo. Era el momento de unirse a los pocos vecinos con que entonces contaba en su sector y resolver problemas básicos como tener luz eléctrica, agua potable y sistema de alcantarillado.

Afloró en él una vocación que parecía haberla tenido escondida en su alma durante muchos años. Sentía que no tenía que hacer mayor esfuerzo para trabajar en temas sociales y que en general se le hacía fácil la labor comunitaria y vecinal.

Así fue que se convirtió en el secretario del Comité de Adelanto Nueva Independencia, en tiempos en que el número de familias residentes en la población no superaba las 40.

La fusión de su vocación social y una pasión por el fútbol que arrastraba desde niño derivó naturalmente en una idea que hacía rato le rondaba la cabeza: participar en un club deportivo en la población. El 10 de octubre de 1971, con el trabajo de Jorge Passi, Enrique Torres y Jorge González nació el club Jorge Toro, del cual Rurich es considerado uno de sus principales socios.

El nombre surgió como una manera de homenajear al gran futbolista chileno Jorge Toro, quien formó parte de la Selección Chilena de fútbol que logró el tercer lugar en el Mundial de 1962, disputado en Chile.

El jugador que originalmente perteneció a las filas de Colo Colo, regresaba justo por esos días a Chile, tras una exitosa temporada en el fútbol italiano. Claro que esta vez volvió para vestir la camiseta de la Unión Española.

El asunto es que como la mayoría de los vecinos de Rurich de aquel entonces eran colocolinos no hubo mayor discusión en colocarle al club el nombre del histórico volante albo, fallecido en febrero de 2024.

Así fue pasando la vida de Rurich, entre su familia, su casa, su trabajo de dirigente vecinal y deportivo.

Rurich recuerda que no eran tiempos fáciles. “Fuimos a Santiago y logramos tener la autorización legal para ocupar el nombre de Jorge Toro para nuestro club. Podría decir que los inicios del club fueron difíciles. Eran días tristes esos en dictadura y el deporte en gran medida nos ayudaba a combatir esa sensación de miedo,

tristeza y crisis económica. En esos años el que comía bien era el que comía tarros de jurel...” recuerda Rurich.

Pero Rurich Vega tenía energía para rato y empezó a trabajar pintando casas, jugaba fútbol, se transformó en el presidente de la Junta de Vecinos de la población Marga Marga, la que literalmente hizo resucitar con su gestión, y comenzó a armar la cantera de jugadores del club deportivo Jorge Toro.

“Estuve 3 años como presidente de la junta de vecinos. Logramos que se pavimentaran muchas calles, hicimos y con el alcalde Raúl Bustamante se gestionó la luz eléctrica y el agua potable. Fue una tarea dura que continuó y continúa hasta el día de hoy, pero podemos decir que ya en los años noventa nuestra población estaba regularizada casi en su totalidad”, relata Rurich, sin poder evitar una sonrisa que mezcla nostalgia y orgullo.

En la actualidad Rurich atiende su almacén, que diariamente abastece de pan, abarrotes y menestras a sus vecinos y, pese a no tener ningún cargo dirigencial oficial, sigue trabajando incansablemente por el buen desarrollo de su población.

“Para los 18 de septiembre hacemos una gran fiesta para los niños en la cancha de la población, con campeonato de cueca, carreras de perros galgos, gincana y otros juegos tradicionales criollos. Son cerca de 800 niños de todo el sector sur que disfrutan las celebraciones patrias y se les entregan regalos y bolsas con golosinas. Es una fiesta que, salvo en tiempo de la pandemia, nunca hemos dejado de hacer y significa un enorme orgullo para todos los vecinos de nuestra querida población”, manifiesta Rurich.

El Firulais Contreras.

“Yo, en el club Jorge Toro, he sacado siete generaciones de futbolistas, muchos no se dedicaron profesionalmente al fútbol, pero el deporte les ayudó a ser mejores personas”, sentencia Rurich.

Sin embargo, hubo un jugador formado en la cantera de este club deportivo que llegó a vestir la camiseta del seleccionado nacional y que en gran medida pasó por el cedazo técnico y valórico de Rurich Vega en su faceta de formador deportivo. Se trata de José “Firuláis” Contreras, nacido el 23 de marzo de 1982 en Villa Alemana y que tras sus inicios en el club amateur Jorge Toro, siguió una carrera profesional que lo llevó a jugar por Santiago Wanderers de Valparaíso, Universidad de Chile, Huachipato y Áudax Italiano, siendo campeón en todos los clubes en que estuvo.

En junio de 2003 fue invitado a una gira de la selección chilena adulta a China donde La Roja empató a cero con el elenco oriental y Firuláis no jugó. Pero ese mismo año y parte del 2004 fue miembro permanente del seleccionado sub-23, donde disputó el Preolímpico realizado en Chile.

Debutó por la selección adulta el 25 de abril de 2006 frente a Nueva Zelanda, participó en una gira europea en dos encuentros y su último partido vistiendo los colores nacionales fue el 23 de mayo de 2007 frente a Haití.

La “fiebrequita” del oro.

Aunque usted no lo crea, la población Marga Marga también tuvo su fiebre del oro. Claro, en un formato más breve y menos intenso que el histórico período de migración ocurrido en California, Estados Unidos entre 1848 y 1960, ni tampoco con la magnitud que se dio en los llamados lavaderos de oro del estero Marga Marga en la época pre-hispánica y también con la llegada de los españoles. Se trata de un par de años -1993 y 1994- en que muchas personas llegaron desde otros rincones de la región a lavar oro al estero Marga Marga que precisamente corresponde al sector que atraviesa la población del sector sur villalemanino y que coincidentemente se llama población Marga Marga.

“Teníamos un estero aquí en el que corría mucha agua, pero la sequía en la zona prácticamente lo hizo desaparecer. En ese lugar

hubo una verdadera fiebre del oro entre los años '93 y '94. Llegó mucha gente a sacar oro. Recuerdo a los hermanos Benigno y Zoilo Cortés que venían del norte y sacaron mucho oro", rememora Rurich Vega.



CUANDO LUCHAR SE HACE UNA FORMA DE VIDA
María Angélica Barahona Ayacura



Nunca se propuso ser dirigente vecinal. Es más, no tiene certeza de cómo fue que llegó a asumir esa tarea tan importante para el desarrollo social de muchas de las poblaciones que se fueron conformando durante las últimas cuatro o cinco décadas en la comuna de Villa Alemana.

Es María Angélica Barahona, quien se ha ganado el respeto y cariño de sus vecinos de la población El Bosque, en el sector Las Américas, de dirigentes de otros barrios de la comuna de los molinos y de muchas autoridades que han sabido de su gestión.

Nació el 8 de octubre de 1959 en el hospital Gustavo Fricke de Viña del Mar. Hija de Marcelino Barahona -trabajador municipal en Quilpué- y María Rebeca Ayacura -dueña de casa- esta mujer, que

hoy ya tiene 64 años, llegó a Villa Alemana hace treinta, en busca de un lugar tranquilo donde vivir y formar su familia.

Y sí, lo encontró. Había llegado junto a su marido al sector norte de Villa Alemana, en el extremo poniente de la comarca. Claro que el panorama al que se enfrentó no fue para nada color de rosas.

“Cuando llegué aquí no había nada. Las casas no tenían puertas, ventanas; se habían robado todo. Lo primero que pensé fue que era inaudito que se nos entregaran las viviendas en esas condiciones y lo único que se me ocurrió en ese momento fue ir a encarar a los de la empresa constructora”, recuerda María Angélica.



Se armó de valor y fue. “No me querían dejar entrar.

Pedí varias veces con buenas palabras que me dejaran hablar con algún encargado. Encontraba tan injusta la situación. Sentía mucha rabia...”, agrega esta madre de dos hijos.

Seguramente fue ese momento el que, sin que ella lo hubiera planificado, terminó por convertirse en el hito inicial de su labor dirigencial vecinal y, a la vez, de un singular estilo de hacer las cosas.

Tanta rabia sintió en ese instante, que cuando se dio

cuenta de que al lado de la puerta de acceso a la instalación de faena de la constructora había un palo, sintió un incontrolable deseo de tomarlo entre sus manos. Casi maquinalmente lo cogió y con inusitada seguridad se abrió paso entre los hombres de casco

blanco que poco antes le habían impedido el acceso. Exigía, a viva voz y con el palo en actitud amenazante, hablar con algún jefe, supervisor o encargado, en definitiva, con alguien que se hiciera responsable de su demanda.

Llegó a un segundo piso y con el palo aún en la mano logró ser recibida por un representante de la constructora a quien rápidamente le puso los puntos sobre las íes. “Le expliqué lo que estaba pasando con nuestra casa y que se repetía en casi todas las demás de la población. Le dejé en claro que ellos no me estaban regalando nada, que nosotros habíamos puesto plata y que, si no nos iban a colocar la puerta y las ventanas ese mismo día, yo iba a hacer un escándalo inmenso, iba a llamar a la radio Festival, iba a denunciar públicamente el asunto”, relata.

No alcanzó a caer la noche de aquel día y llegaron a instalarle la puerta y las ventanas nuevas, solución que poco a poco se fue concretando para las otras familias de El Bosque que habían recibido sus viviendas en igual o incluso peor estado que la de María Angélica.

Oficialmente se inició como dirigente el año 2005, cuando la invitaron a una reunión vecinal y decidió postularse al directorio. Desde aquel día estuvo durante 19 años como presidenta de la junta de vecinos, período más que fructífero en términos de gestión y acciones enfocadas al mejoramiento de las casas y la infraestructura del barrio en general.

“Empecé a postular a las subvenciones municipales, lo que nos permitió adquirir mesas, sillas, una cocina y un refrigerador. También nos ganamos colchonetas, muebles, *siding* para la mayoría de los vecinos de la población El Bosque y cámaras de televigilancia para reforzar el tema de la seguridad”, relata María Angélica. El logro que esta dirigente más valora bajo su administración es la sede vecinal que tras años de lucha y golpeteos de puertas municipales se transformó en realidad y hoy está disponible para

todos y cada uno de los vecinos de esta población del sector Las Américas.

Actualmente son cerca de 160 las familias que viven en El Bosque, muchas de las cuales han conocido de cerca el trabajo incansable de María Angélica y han comprobado empíricamente los resultados de su capacidad de gestión.

“Yo no me creo tanto el cuento, pero muchos vecinos y vecinas me han dicho que todo lo que hay ahora en esta población se ha logrado gracias a mi gestión. Y yo pienso: ‘bueno, por algo me lo dirán’”, sentencia María Angélica, mientras bebe un vaso con Coca Cola Zero, en el comedor de su casa.

Y el listado de logros para mejorar la calidad de vida del vecindario suma y sigue. Un ejemplo de ello es la ayuda que consiguió esta dirigente para Paulita, una joven vecina que estaba postrada en cama a raíz de una grave enfermedad crónica.

Pero también hizo nexos con autoridades municipales para conseguir canastas familiares que iban en ayuda de las familias de El Bosque que estuvieran pasando penurias económicas, así como también hizo personalmente los trámites burocráticos para que varios de sus vecinos pudieran optar a jubilaciones y pensiones que el sistema previsional les ofrecía y al que debido a esa suerte de analfabetismo administrativo no podían optar.

Y qué decir de las mejoras y avances en materia urbanística y de seguridad. María Angélica puede decir hoy con orgullo que las luminarias públicas, las calles pavimentadas y el cierre perimetral no hubieran sido posibles sin su constante trabajo de gestión vecinal.

Otra de las luchas en que se comprometió María Angélica fue la que dieron en conjunto dirigentes y vecinos de todas las poblaciones del sector Las Américas y alrededores para lograr concretar el sueño colectivo de contar con un moderno Centro de Salud Familiar.

Participó en cuanta marcha se hizo para exigir la construcción del

CESFAM, incluso llegando al Ministerio de Salud y el Palacio de La Moneda.

En estos días, María Angélica está dando otra dura pelea. Esta vez no se trata de mejorar la calidad de vida de su vecindario, sino que de una grave enfermedad crónica que le afecta notablemente su capacidad de movilidad.

El destino le tenía guardada esta prueba, tal vez la más difícil. Sin embargo, la resiliencia que día a día demuestra esta mujer, admirada por quienes le rodean, la mantiene vigente. Si bien, no continuará como dirigente y dejará atrás sus años como presidenta de la junta de vecinos El Bosque, de Las Américas, María Angélica sigue lúcida y presta a aconsejar y contestar cualquier duda que le planteen las nuevas generaciones dirigenciales de su población. Se trata de una enfermedad autoinmune que le genera la pérdida paulatina de la melanina de los nervios, lo que le genera dificultad para caminar y moverse en general. “Me han tratado esta enfermedad por años, pero ahora se podría decir que me volvió más fuerte. Llevo ya tres meses tomando corticoide y pregabalina. Casi no puedo caminar”, explica María Angélica, sin poder evitar que su expresión facial acuse la frustración que, pese a su conocida entereza, igual siente.

Ahora, sentada en una silla del comedor de su casa y mientras su hermana le acomoda una almohada en su espalda, María Angélica pasa revista a las dos décadas en que se desempeñó como presidenta de la Junta de Vecinos de su población y cree haber cumplido su misión.

Así, al menos, se lo hacen ver las y los nuevos dirigentes vecinales, quienes, como una manera de demostrarle cariño y respeto, devolverle en parte la mano y ayudar a aliviarla, aunque sea un poco, de su enfermedad, están realizando bingos para juntar dinero en su beneficio.

A pesar de los momentos difíciles que le ha tocado vivir a María Angélica, su fuerza interior y el apoyo de sus cercanos han logrado que se ponga de pie y continúe haciendo lo que siempre le ha motivado, ayudar y servir a los demás.



DE LA YAPA VERDE A LA POBLACIÓN PRAT
María del Carmen Málaga Acuña



En sus orígenes la población Prat de Villa Alemana se hizo conocida como la Yapa Verde, debido a que en los años treinta algunos emporios, almacenes y otros locales comerciales de Valparaíso, a modo de promoción, regalaban pequeños paños de tierra de este sector a sus clientes por las compras que realizaran. De esta manera comenzaría a formarse allí la histórica población del sector sur de la comuna de los molinos y de alguna manera durante los años cuarenta, el sector se iba a consolidar como la población Arturo Prat, con las celebraciones de aniversario que los días 12 de octubre de cada año se realizaban en hermosas y concurridas ramadas, que continuaron haciéndose años después y que aún recuerdan vecinos adultos mayores o de las cuales quedó

testimonio fotográfico que hoy se puede apreciar hasta incluso en las redes sociales.

En esta población decidió hacer su vida en familia María del Carmen Málaga Acuña, quien en la actualidad tiene 77 años de edad y puede decir con total certeza y satisfacción que los últimos 22 los ha dedicado a ser la presidenta de la Junta de Vecinos del legendario sector conocido también como “La Prat”.

María del Carmen nació el 22 de enero de 1947 en la Clínica Santa María, en Santiago, pero podría decirse que sus orígenes son de la zona norte. Antes de su nacimiento, sus padres se conocieron en La Serena y se fueron a vivir a Arica. “Mi papá, Filiberto Málaga, era peruano, profesor; mi madre, dueña de casa. Recuerdo que mi infancia la pasé entre Arica y Tacna”, señala.

Tenía siete años cuando sus progenitores tomaron la drástica decisión de separarse y María se vio de pronto armando las maletas



para venirse a vivir a Quillota, ciudad en la que su madre tenía una propiedad. Allí continuó su infancia, la que de alguna manera dio un salto abrupto a la adultez, ya que con solo catorce años iba a contraer matrimonio con Ohenar Ibarra Muñoz, a quien conoció en Olmué y con el que ya cumplió 62 años de vida marital.

Fruto de esta unión nacieron sus cinco hijos varones y actualmente manifiesta con orgullo tener 16 nietos y once bisnietos.

Su esposo tiene hoy 85 años y María del Carmen aún parece estarlo viendo cuando trabajaba en agricultura, calefacción y gasfitería; pero más allá de su capacidad de proveedor del hogar, María lo recuerda y hasta el día de hoy lo valora por su incondicional amor y su desinteresado apoyo en las buenas y en las malas.

“Nos vinimos a Villa Alemana a la cola de mi suegra, que había comprado este terreno y nos lo dejó de herencia para que sus nietos se construyeran sus casas y, por supuesto, nosotros también”, señala María del Carmen.

Eran tiempos en que la naturaleza aún imponía su paisaje sobre el cemento del progreso. Eran tiempos de construir, de mejorar la calidad de vida, de generar instancias de encuentro entre los pocos vecinos que existían en el sector, de golpear las puertas de las autoridades locales para conseguir mejoras urbanísticas y concretar los proyectos vecinales que comenzaban a surgir.

María del Carmen tenía, y sigue teniendo, una innata vocación social. Y pronto comenzó con pequeñas acciones que finalmente terminarían convirtiéndose en una extensa e intachable trayectoria como dirigente vecinal.

Fue una de las fundadoras del Centro de Madres Isabel Riquelme en El Peumo, donde vivió ocho años y se desempeñó como presidenta de dicha institución; presidió el Centro General de Padres y Apoderados del Colegio Diego Portales; fue dirigente y miembro activa de la Unión Comunal de Juntas de Vecinos de Villa Alemana; y fue presidenta de la Junta de Vecinos Población Arturo Prat durante 22 años. “De puro intrusa entré a la junta de vecinos, porque nadie iba a las reuniones y al final de tanto ir terminé siendo la presidenta”, recuerda la dirigente, y agrega: “Cuando llegamos aquí no había más de 300 personas, no había pavimento, había luminarias públicas, pero pocas y de muy bajo voltaje. Ahora vemos que hay nueve condominios, muchos edificios y locales comerciales. Donde estaba el colegio Otto Hahn ahora hay prácticamente un mall...”.

De alguna forma, lo que quiere decirnos María del Carmen, es que una cosa es el progreso visto como el mejorar la calidad de vida de los integrantes de una comunidad, y otra cosa el progreso como la invasión indolente de inescrupulosas empresas comerciales inmobiliarias, en aldeas humanas, comunas, territorios con relato, con identidad.

María del Carmen es más de la primera definición de progreso, dada aquí en el párrafo anterior, y de hecho su trabajo como presidenta de la Junta de Vecinos de la Prat ha sintonizado siempre con esa visión cultural que considera el derecho a habitar un territorio como un bien superior e inalienable.

Mientras tanto María observa la realidad de su barrio con mirada crítica y gráfica con un asertivo ejemplo la manera de operar de estos verdaderos carteles inmobiliarios y cómo ciertos resquicios legales les permiten por ejemplo construir un condominio cerrado de 24 casas de dos pisos sin red de alcantarillado y conectar las 24 viviendas a través de un tubo con el sistema antiguo de alcantarillado que pertenece a la población Prat, con el consiguiente riesgo de hacer colapsar la red, como ya ha ocurrido en algunos lugares del barrio Norte, por la cuantiosa presencia de edificios, condominios y nuevas poblaciones.

A este tipo de prácticas se ha tenido que enfrentar María en el último tiempo, intentando hacer un trabajo de defensa territorial, pero ahora, y aunque no pretende repostularse a ningún cargo directivo vecinal, está enfocando todos sus esfuerzos en conseguir los recursos necesarios para construir la sede social que siempre han anhelado.

Tal vez, uno de los mayores orgullos de esta destacada dirigente es haber conformado el Comité de Mejoramiento de Viviendas “Unidos”, con el cual se lograron financiar diversos proyectos enfocados en mejorar la calidad de vida de los vecinos. “Se cambiaron pisos, panderetas, techos. Se instalaron paneles solares

para calentar agua y esto también significó una disminución en el gasto de electricidad”, agrega María del Carmen.

Con gran satisfacción, esta incansable líder vecinal, cuenta que dicho comité ya cumplió los diez años de funcionamiento y que en la actualidad está integrado por más de 25 socios, tanto de su población, como de otros vecindarios de Villa Alemana. “Este comité se llama ‘Unidos’ en alusión al trabajo conjunto realizado con la recordada dirigente María Suazo”, expresa.

Como el ave Fénix.

Igual como el ave Fénix surgió de las cenizas, María del Carmen y su esposo lograron superar la destrucción casi total de su casa producto de un voraz incendio provocado por un accidente de tránsito el 17 de noviembre de 2022.

“Estábamos acostados con mi marido y de repente sentí un golpe que llegó a estremecerme. Me levanté, me asomé por la ventana y vi muchos cables en el suelo, en la calle. El poste de afuera de nuestra casa se había partido en tres y la parte superior había caído sobre nuestro techo. Sentíamos los cortocircuitos arriba de nuestras cabezas”, relata.

Las descargas eléctricas generaron un foco de fuego que en cuestión de minutos hizo arder la vivienda literalmente por los cuatro costados. Las pérdidas fueron totales. “Quedamos con lo puesto”, agrega María.

Momentos después de ocurrido el siniestro, la dirigente de La Prat se iba a enterar de que fue un camión tolva el que generó el incendio y que dicho vehículo pertenecía a una empresa local de áridos.

“Tuve la suerte de que el dueño de la empresa a la que pertenecía el camión asumiera la responsabilidad plenamente y que en el transcurso de tres meses nos haya levantado una nueva casa, lo que, sumado a la solidaridad de otros dirigentes sociales de la comuna, que en algunos casos realizaron bingos y otros eventos benéficos para venir en nuestra ayuda, nos permite decir hoy con tranquilidad y alegría que hemos superado la trágica situación que el destino colocó en nuestro camino. Poco a poco nuestras vidas vuelven a la normalidad”, concluye María del Carmen Málaga.

